

ENCUENTRO
MARTÍN GARCÍA

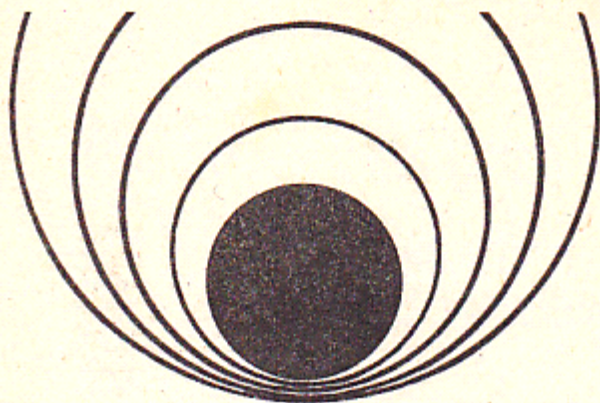
PUNTO
ROJO

SINFONIA EN NEGRO

Adam Surray



SOLAMENTE MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ADAM SURREY

SINFONIA EN NEGRO

Colección PUNTO ROJO n.º 999
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.583. — Asesinos a proa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.178. — Rencor salvaje.

En Colección PUNTO ROJO:

988. — Flor de asfalto

En Colección COLORA DO:

1.141. — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

446. — Morir en Kansas:

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

544. — El que a hierro mata...

ISBN 84-02-02520 X Depósito legal: B.

13.333-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1981

© Adam Surray 1981

Texto

© Jorge Sempere - 1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera.
S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Washington, capital de los Estados Unidos, es una ciudad acogedora y paradisiaca. Con sus grandes avenidas arboladas, sus maravillosos cerezos del Japón, sus museos y sus grandiosos monumentos.

Una pequeña gran ciudad.

El hecho de ser sede del Gobierno no ha traumatizado a los habitantes de Washington. Ya se han acostumbrado a los políticos y están vacunados contra ellos, incluso les divierte el ir y venir del personal gubernamental.

Siempre cambiando.

Senadores, diputados, embajadores, miembros de la US Naval, corresponsales... y presidentes.

La Pennsylvania Avenue es una interminable vía que atraviesa por completo Washington D. C.

Desde el West End hasta Maryland.

Surcando impasible la señorial White House y The Capitol.

Dada la longitudinal extensión de la Pennsylvania Avenue se puede decir que domina los más importantes edificios y monumentos de la ciudad.

Sí.

Son muchos los edificios.

Hay un gigantesco bloque de edificios enclavado en la Ninth Street, en la Pennsylvania Avenue, NW. Muy conocido por el gran público. Incluso su número telefónico, el 202.-393-7100, está grabado en la mente de millones de norteamericanos.

Se le denomina el «número del Bureau».

Y el bloque de edificios de la Pennsylvania Avenue es la sede central del Federal Bureau of Investigation.

El mítico y legendario FBI.

El de los invencibles G-men.

Los cachorros de Hoover...

Pero todo eso es ya recuerdo.

Pertenece a la leyenda. El declive del FBI no se inda en 1972 con la muerte del gran Edgar Hoover, sino mucho antes.

Concretamente en 1963.

Cuando John Kennedy es abatido a balazos en las calles de Dallas.

Ese fue el principio.

Ahora, ya sin la mano firme y dictatorial de Hoover, el FBI es un organismo más en la lucha contra el crimen. Incluso eclipsado por otros departamentos federales. Los G-men sólo quedan en el recuerdo de los nostálgicos o fanáticos. El invencible agente del FBI ni tan siquiera aparece ya en el cómic. Las novelas populares también lo han desmitificado. Ahora lo presentan como un hombre vulgar y dominado por la mayoría de los defectos del individuo de la calle.

Acidez de estómago por las mañanas, somnolencia a media tarde, cansancio en la noche...

Un hombre vulgar.

¿Y cobarde?

¿Puede un agente del Federal Bureau of Investigation sentir miedo?

Sí.

Lo que experimentaba Blake Daniels era auténtico pánico. A cada paso por el largo y espacioso corredor era dominado por un extraño hormigueo en la piel. También tenía la boca en plan desierto. Seca. Al igual que la garganta.

No era un miedo físico,

Blake Daniels contaba veintiocho años de edad.

Ingresó en el FBI a los veintitrés, la edad mínima para ser agente federal.

Los cinco años al servicio del Federal Bureau of Investigation habían sido pródigos en aventuras y riesgos.

Incluso en el último año, destinado a una zona desértica de Arizona, había tenido escaramuzas con un grupo de contrabandistas de la Gaie Mountain.

El agente federal Blake Daniels se había enfrentado a la muerte en infinidad de ocasiones. Y siempre la había mirado de frente. Sin pestañear. Con una sonrisa despectiva.

Y ahora tenía miedo.

Se detuvo frente a una puerta de artística madera trabajada.

Al golpear la hoja cerró instintivamente los ojos.

De inmediato escuchó la voz autorizándole a entrar.

Daniels penetró en el despacho.

Una amplia estancia de severo mobiliario formado por mesa escritorio, dos sillones, un archivador y biblioteca.

Un hombre de nevadas sienes se acomodaba tras la mesa escritorio. Y tras él, a gran escala, adornando la pared, el escudo del Federal Bureau of Investigation. Circular. En su interior se

podía leer el lema del FBI. «Fidelity, Bravery, Integrity.» Sirviendo de pedestal al emblema que reproducía, en rojo y blanco, los colores de la bandera de los EE.UU. Sobre un fondo azul oscuro. Todo ello rodeado por trece estrellas.

Trece.

Blake Daniels empezó a sentirse supersticioso.

El hombre que permanecía sentado tras la mesa escritorio aún no había levantado la mirada de los papeles. Ni la alzó para dirigirse a Daniels.

—Tome asiento, Daniels.

—Prefiero seguir en...

—¡Siéntese, maldita sea!

—¡Sí, señor! Lo que usted ordene, señor...

Blake Daniels se precipitó sobre uno de los sillones de negra piel.

El curtido rostro de Sam Davenport se reflejó una instintiva mueca. Contempló fijamente a su subordinado. Daniels, aun sentado, continuaba siendo un individuo alto. De seguro no había tenido problemas para superar el uno sesenta y cinco de estatura, mínimo establecido para todo aspirante a G-men.

—No me resulta simpático, Daniels.

Blake Daniels tragó saliva.

—Lo lamento, señor.

—¿De veras? Dudo mucho que lo lamente. No ha escarmentado, Daniels. Ha sufrido un traslado disciplinario. Un año en Arizona. Ahora, de nuevo en Washington, vuelve a reincidir en faltas de disciplina. Creo que aún no me conoce del todo bien.

Daniels no respondió.

Por supuesto que conocía a Sam Davenport.

Inspector del Federal Bureau of Investigation y jefe coordinador de servicios.

Davenport se reclinó en el sillón giratorio.

Sus ojos se mantenían fijos en Daniels.

—Le voy a enviar otra vez lejos de Washington, Daniels.

El agente del FBI se encogió en el asiento.

Había llegado el momento temido.

Recordaba la amenaza pronunciada por Sam Davenport un año atrás. Cuando le envió a Arizona. El próximo traslado disciplinario sería a Alaska.

Alaska...

Blake Daniels ya se había documentado sobre la vida y

costumbres de los esquimales. Ahora ya sólo le quedaba comprar ropa de abrigo.

Incluso ya empezaba a sentir frío.

—Es una misión de castigo, Daniels —dijo el inspector apartando unos papeles de la mesa—. Puede considerarla así. Cualquier novato, el más torpe de los recién ingresados, la desempeñaría con éxito. De ahí que me haya decidido por usted. Lo quiero lejos de Washington. Aunque sólo sea por algo más de una semana.

Daniels parpadeó.

Perplejo.

—¿Una..., una semana?

—Eso he dicho. Una semana aproximadamente. Su misión será acompañar al profesor Donald Bishop a Inglaterra.

Blake Daniels reprimió con dificultad un suspiro de alivio.

Sus ojos no lograron ocultar un destello de júbilo.

Alaska quedaba descartada.

A! menos de momento.

—Servicio de guardaespaldas, ¿no, señor?

El inspector Davenport empuñó los ojos.

Dirigió una inquisitiva mirada a Daniels.

No descubrió ironía en su subordinado. Había formulado la pregunta con toda seriedad. De ahí que Sam Davenport empezara a reír suavemente.

—Sí..., eso es. Servicio de guardaespaldas.

Blake Daniels, respetuoso, no interrogó sobre aquella súbita hilaridad en su superior; aunque sí quedó algo mosqueado.

—¿Cuándo es la salida, señor?

Davenport demoró unos instantes la respuesta.

Los dedicó a controlar una carcajada.

—Mañana, Daniels. En el vuelo de las siete a. m. con destino a Londres. Aquí tiene los tres billetes de avión. El profesor irá acompañado de su enfermera. Una tal... —Sam Davenport consultó uno de los pasajes—. Jessica Palmer. El profesor ha sido invitado para dar unas conferencias en un simposium antibélico patrocinado por la UPI. ¿Conoce esas siglas, Daniels?

—Por supuesto, señor. Unión Pacifista Internacional. Un nuevo grupo que lucha en defensa de los derechos humanos. Defensor de los pequeños pueblos explotados por las grandes potencias, bajo el terror de un poder dictatorial, países invadidos por supuestos paladines de la democracia...

Davenport hizo una mueca.

Muy significativa.

—Usted jamás hará carrera política, Daniels. Es más... Sospecho que no le espera un gran futuro; pero dejemos eso. La UPI es una organización mundial que recibe ayuda de todos los estados democráticos y libres. Este es el primer simposium que celebra a escala internacional. Versará sobre los horrores de la guerra centrando el tema en los campos de concentración. Han sido invitados historiadores, científicos, hombres de leyes, ex combatientes de la pasada guerra mundial...

—No me resulta familiar el nombre del profesor Donald Bishop. ¿Es un científico de la NASA?

El inspector volvió a reír.

—Oh, no... El profesor Bishop es un historiador. Un experto en la Segunda Guerra Mundial. Estuvo en un campo de concentración nazi.

—¿Por qué gozar de la protección del FBI? Me refiero a asignarle un guardaespaldas. ¿Acaso ha sido amenazado?

—No. Ocurre que el doctor Peter Kramer, notable científico en armamento nuclear, ha sido también invitado al simposium de la UPI. Y el doctor Kramer irá acompañado de un agente del FBI de San Francisco. El otro invitado oficialmente al gobierno USA es el profesor Bishop, éste domiciliado aquí, en Washington. Por supuesto que asistirán más ciudadanos norteamericanos al simposium, pero no invitados oficialmente por mediación del Gobierno. De ahí que sólo nos interese por Bishop y Kramer.

—Comprendo.

—El profesor Donald Bishop fue colaborador y asesor en la Biblioteca y Archivo de la US Army. Sus valiosos servicios de documentación no han sido olvidados y, aunque ya no pertenezca a ningún departamento estatal, es nuestro deber proporcionarle, al igual que al doctor Kramer, protección.

—En el caso de Peter Kramer, por pertenecer a la Atomic Energy Commission, está justificada esa protección.

El inspector esbozó una enigmática sonrisa.

—Ya le he comentado que su servicio puede ser catalogado como una misión de castigo. Añadiré algo. Más que proteger a Donald Bishop, lo que deseo es librarme de usted por un par de semanas. De permanecer aquí terminaría por enviarle a Alaska, Daniels. Y quiero darle una última oportunidad. Ha regresado de Arizona demasiado... eufórico. Recapacite en Londres, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Aquí tiene —Sam Davenport tendió un sobre a su

subordinado—. Los pasajes, las instrucciones supervisadas y algún dinero para su estancia en Inglaterra. Al igual que la enfermera del profesor Bishop, disfrutará de las ventajas de todo invitado de la UPI. Gastos de hospedaje y manutención a cargo de los organizadores. Preséntese esta noche en el domicilio del profesor para concretar la hora en que pasará mañana a recogerle. Es el 2.433 de Locke Road.

Blake Daniels se incorporó del sillón.

Depositó el sobre en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—¿Alguna otra cosa, señor?

—Sólo un consejo, Daniels. Adquiera ropa de invierno en Londres. Allí es más barata. Sospecho que tarde o temprano terminaré por destinarle a Alaska.

Daniels no respondió.

Se limitó a tragar saliva.

CAPITULO II

Blake Daniels detuvo el Chevrolet frente al 2.433 de Locke Road.

Al descender del vehículo sopló sobre una imaginaria mota de polvo de la solapa.

Lucía un impecable smoking de alpaca a juego con la rizada camisa y el lazo de seda.

Una vestimenta poco usual en Daniels. Prefería los conjuntos deportivos y sport, pero aquélla iba a ser una noche especial.

Tenía cita con Katia Bochkaryova. Una bella y maciza funcionaria de la embajada rusa.

Blake Daniels ya había reservado mesa en el Showboat Lounge. Cena, baile, música...

Todo aquello deslumbraría a Katia.

Se terminaría la velada con una botella de champán francés en el apartamento de Daniels.

Sí.

Un buen plan.

Blake Daniels se encaminó hacia el 2.433 de Locke Road. Aún no era de noche en Washington, pero la ciudad ya empezaba a ser cercada por las sombras del atardecer.

El agente del FBI no había esperado a la noche para visitar a Donald Bishop. Cuanto antes terminara la entrevista, antes estaría con Katia.

Esbozó una sonrisa.

Paulatinamente la fue borrando de sus labios. Estaba pensando en el inspector Davenport. En su reacción de saber que uno de sus agentes pasaba la noche con una funcionaria de la embajada rusa.

Blake Daniels sacudió la cabeza.

Queriendo borrar de su mente aquellos pensamientos.

Se introdujo en el elevador pulsando el mando correspondiente a la planta novena. Al salir de la cabina recorrió un alfombrado pasillo deteniéndose frente a la puerta señalizada con las siglas 917 FC.

Pulsó el llamador.

Tras unos instantes de espera, y cuando se disponía a presionar de nuevo el timbre, escuchó el deslizarse de la cerradura.

Se entreabrió la puerta asomando el arrugado rostro de un

anciano.

—Buenas noches —saludó Daniels, cordial—. Soy...

—Se ha equivocado. Aquí no es.

La puerta volvió a cerrarse.

Blake Daniels quedó con la boca abierta.

Reaccionó volviendo a pulsar el llamador.

Apareció de nuevo el rostro del anciano.

Ahora arrugando la nariz.

—Ya le he dicho que no es aquí. El baile de disfraces es en el piso de abajo. Está anunciado en recepción.

—No voy a ningún baile.

El anciano parpadeó.

Abrió un poco más la puerta.

Lucía una bata a cuadros anudada a la cintura. Debajo un pijama de horrible color amarillo canario. Calzaba abrigosas pantuflas también a cuadros.

Los ojos del anciano destacaban poderosamente en su ajado rostro. Un rostro coronado por leonina cabellera plateada. El brillo de aquellos diminutos ojos y el alborotado cabello níveo le daban una expresión demente.

Su voz era cascada.

—¿Seguro que no va al baile de disfraces?

—Seguro.

—Entonces... ¿por qué se ha disfrazado de pingüino?

Blake Daniels se esforzó por mantener la sonrisa a flor de labios.

—Vengo a hablar con usted, profesor Bishop. Soy Blake Daniels, agente del Federal Bureau of Investigation.

—¿El FBI? —respingó el anciano—, ¡Ya he pagado mis impuestos!

—No se trata de eso, profesor.

—¿No? ¡Entonces hable con mi abogado!

Volvió a cerrar la puerta.

Ahora con más violencia.

Y Blake Daniels volvió a quedar con la boca abierta.

Ahora aún más que antes.

Perplejo y estupefacto.

Aún no había reaccionado cuando vio abrirse nuevamente la puerta.

—Oye, hijo... ¿Tiene algo que ver con mi desplazamiento a Inglaterra? —dijo el profesor rascándose ruidosamente la cabeza—. Creo recordar que me hablaron de ir acompañado por

un agente del Servicio Secreto.

—Del FBI.

—¿El FBI? Pues bueno —Donald Bishop se hizo a un lado—. Pasa, hijo... No me gusta el Federal Bureau of Investigation. Lamento decirlo, pero hubiera preferido un agente del Servicio Secreto.

Blake Daniels sonrió.

—¿Tiene algo contra el FBI?

—¡Por supuesto! No he olvidado la intervención del FBI en el asesinato de Kennedy.

—Eso fue la CIA.

Del living habían pasado a un contiguo salón de puerta corredera de doble hoja. Una estancia amplia. Con una pared formada por estanterías repletas de libros.

—¿La CIA? ¿Estás seguro, muchacho?

—Siempre se acusó a la Central Intelligence Agency —sonrió Daniels, irónico—. Agentes del FBI fueron los encargados de proteger a Kennedy.

—Pues lo hicieron rematadamente mal, maldita sea. Lo dicho. Hubiera preferido un agente del Servicio Secreto.

—Cuando mataron a Kennedy yo no estaba en el FBI, profesor. Confíe en mí.

Donald Bishop terminó por sonreír mostrando su perfecta dentadura postiza.

—Empiezas a resultarme simpático, muchacho. Jack Navils, ¿eh?

—No, profesor. Blake Daniels.

—Ah, sí... eso. Toma asiento, Blake. ¿Un trago?

—En otra ocasión, profesor. El motivo de mi visita es únicamente presentarme y acordar la hora de...

—¿Tienes un cigarrillo?

—¿Cómo? Sí, claro...

Daniels manipuló la cajetilla de tabaco haciendo asomar un cigarrillo.

El anciano atrapó el emboquillado, lo olfateó y acto seguido lo partió en dos aplastándolo sobre el cenicero.

—El médico me ha prohibido fumar; ¿sabes, Blake?

Daniels contemplaba estupefacto el cigarrillo roto.

Desvió la mirada hacia el sonriente Bishop.

—Sí..., lo comprendo...

—¡Inglaterra! —suspiró el anciano, reclinándose en el sillón—, ¡Cuántos recuerdos acuden a mi mente! Tengo muchos amigos

ingleses. No son malos chicos. No se portaron del todo mal durante la guerra. Recuerdo a un tal Salkow que...

—Disculpe que le interrumpa, profesor —sonrió Daniels, forzadamente—; pero todavía debo preparar mi equipaje.

—¿Te marchas de viaje?

—Voy con usted profesor.

—¿Conmigo? ¿Adónde?

Blake Daniels cerró momentáneamente los ojos.

Empezaba a comprender las palabras del inspector Davenport.

«Puede considerar su servicio como una misión de castigo.»

—A Londres, profesor. Le acompañaré a Londres.

—¡Ah, si! Precisamente de eso te estaba hablando, muchacho. Tampoco yo tengo preparado el equipaje, pero Jessica se ocupará de ello. Llegara de un momento a otro. ¿Estás casado, Blake?

—No, profesor.

—Magnífico.' Empiezo a confiar en ti. Ya me has dado una prueba de inteligencia. Tampoco yo me he dejado pescar, aunque reconozco que en cierta ocasión estuve tentado de picar el anzuelo. Fue en Italia. En plena guerra. Ella se llamaba Claudia... Claudia...

—¿Claudia Cardinale?

Bishop empequeñeció aún más los ojos.

Fijos en Daniels.

—Oye... Ese nombre me suena de algo... Puede que... Bueno, no importa. Claudia colaboraba con la Resistencia italiana. Era toda una mujer. Aún recuerdo su ondulante trasero. Tenía un par de...

—Disculpe de nuevo, profesor, pero tengo que ultimar los preparativos para el viaje —dijo Blake Daniels, añadiendo rápido—: El viaje a Londres, ¿sabe? El equipaje y todo lo demás. ¿Le parece bien a las cinco?

—Puedes preparar tu equipaje a la hora que quieras, hijo; aunque creo que ya son más de las cinco.

Daniels trató de sonreír.

A decir verdad sentía ganas de llorar.

—Las cinco de la madrugada, profesor. El avión sale a las siete. Hay que trasladarse hasta el aeropuerto. ¿Le parece bien que pase a recogerla a las cinco de la madrugada?

—Mejor un poco antes. No me gusta ir con el tiempo justo. Las tres es una buena hora.

—¿Las tres de la madrugada?

—Es cuando mejor se respira, muchacho. El rocío aún salpica

los cerezos y...

Un ruido en la puerta de entrada al apartamento hizo enmudecer al anciano.

Sólo unos instantes.

—Esa debe ser Jessica.

El rostro de Blake Daniels no ocultó una resignada mueca. Ya imaginaba a la tal Jessica Palmer. La enfermera de Donald Bishop. Una vieja urraca acorde con el profesor.

El agente del FBI desvió la mirada hacia la puerta del salón.

Apareció Jessica Palmer.

Y Blake Daniels, por tercera vez, quedó con la boca abierta.

* * *

De seguro no. más de los veintidós años de edad.

Rostro de pómulos gatunos, ojos almendrados, nariz respingona y unos labios deliciosamente húmedos y gordezuelos.

Vestía un pullover largo de color rojo egipcio, chaqueta coordinada en igual color y falda de línea corola en gris perla.

Y bajo el pullover se advertían unos senos trémulos que tensaban al máximo la fibra.

—¡Eh, Jessica! —¿Te has fijado en los ojos de Blake? Siguen vidriosos. Sospecho que necesita tus cuidados de enfermera.

—Ya basta de bromas, abuelo —replicó la muchacha—, ¿Soda, señor Daniels?

—¿Cómo? Ah... sí... Muy poca.

Jessica giró del mueble bar portando una bandeja. En ella dos largos vasos de whisky y otro de leche.

—¡No quiero leche, maldita sea!

—Entonces agua, Donald.

—¡El agua para las ranas!

En el bello rostro de Jessica Palmer se dibujó un mohín de desaprobación.

—Como quieras, abuelo. No bebes nada. Y ahora retírate a tu despacho. Te llevaré la cena a la hora acostumbrada.

—Prefiero estar aquí. Tengo que ultimar con Blake los...

—Los haré yo —interrumpió la joven—. Tú prepara una relación de lo que quieres llevar a Inglaterra. Y no protestes más.

Donald Bishop se incorporó.

Con una agilidad impropia de su avanzada edad.

Abandonó el salón murmurando entre dientes.

— Debe disculparle, señor Daniels. Es como un chiquillo.

—La segunda infancia.

Jessica sonrió levemente ocupando el lugar dejado por el anciano.

—Puede definirlo así. Lo cierto es que el profesor Bishop pronto cumplirá los ochenta años y... y ha sufrido mucho. Físicamente se conserva bien, aunque con lógicos altibajos. También razona cuerdamente, pero su mente origina pequeñas lagunas.

—No me incumbe formular la pregunta, pero... ¿Considera prudente el desplazamiento a Inglaterra?

—Físicamente no se resentirá. Incluso le hará bien perder la rutina de Washington. En cuanto al simposium, puede resultar un arma de dos filos. Donald sufrió mucho en el campo de concentración nazi. Me consta que no lo ha olvidado. El recordar todo aquello puede serle perjudicial.

—No he tenido ocasión de leer ninguna de las obras del profesor, pero tengo entendido que es un experto en temas de la Segunda Guerra Mundial.

—Correcto.

—Entonces no le afectará en absoluto hablar de ello.

—Yo sí he leído todas las obras del profesor, señor Daniels. Narraciones de guerra, batallas... En toda su obra, aunque marcadamente bélica, asoma una llamada a la paz entre los pueblos. En ninguna de sus páginas, ni una sola línea, hace mención a los campos de concentración nazi. Y él llegó a conocerlos muy bien. De ahí que prefiera no hablar de ellos.

—El simposium de la UPI se centra especialmente en el tema de los campos de concentración.

Jessica asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Lo sé. Quise convencer a Donald de que rechazara la invitación, pero me respondió que eso sería faltar a su deber. Máxime ahora.

—¿Ahora?

—El profesor se refiere a los campos de concentración que desgraciadamente proliferan en algunos países sudamericanos y en naciones en conflicto. Le agrada la idea de la UPI. Una llamada a la conciencia mundial. Recordar los horrores de los campos nazis evitará el que vuelvan a surgir en otros países.

Blake Daniels bebió un largo trago de whisky.

Sonrió.

—Vamos a tutearnos, ¿eh, Jessica? Los dos somos jóvenes. Tú mucho más joven... y más ingenua.

—¿Ingenua? ¿Por qué dice eso?

—El hombre es bestia por naturaleza. No se le hace razonar con palabras, sino con hechos. Eso de la Unión Pacifista Internacional es una manera como otra de perder el tiempo. Se continuará aplastando al débil y se le recluirá en campos de concentración; pero eso sí, con nuestra más enérgica protesta y repulsa. Nosotros somos muy civilizados y demócratas. ¿Cómo dices? ¿Vietnam? Oh..., aquello fue la excepción. ¿Los indios? ¡Por favor! Mantenerles en reservas es por su propio bien.

Jessica rió en cantarina carcajada.

—¡Y pensar que quien así habla es un agente del Federal Bureau of Investigation!

—También te puedo hablar de lo ocurrido en Afganistán con los rusos, pero me quedaría seco. Mejor dejar el tema.

—Lo de la UPI merece nuestro aplauso, Blake. Puede que tengas razón al afirmar que nada se conseguirá, pero al menos se intenta. Otros no hacen absolutamente nada. Sólo criticar.

Daniels alzó levemente el vaso de whisky.

—Alcanzado de lleno, Jessica.

—No iba por ti, aunque entras en el grupo. ¿Concretamos lo del viaje? El vuelo de las siete, ¿no?

—Ahá.

—Hubiera preferido no disfrutar de la escolta del FBI.

—¿.Mejor el Servicio Secreto? Esa es la opinión del profesor. Dice que el FBI liquidó a Kennedy.

La muchacha volvió a reír.

—Yo nada tengo contra el FBI. Sólo que considero innecesaria esa protección que se nos proporciona.

—Y lo es, Jessica. Pero el hecho de que Donald Bishop, al igual que el doctor Kramer, haya sido designado oficialmente por el gobierno USA para representarnos, les da más categoría. Tengo entendido que los de la UPI enviaron una lista de diez personalidades norteamericanas especializadas en el tema para que fueran consideradas por Washington. Recomendaban a dos de ellas. Donald Bishop y Peter Kramer. Nuestro gobierno aceptó esa sugerencia.

—Cierto... Y me sorprendió esa recomendación de la UPI.

—¿Por qué?

—Los méritos del doctor Kramer son sobradamente conocidos y alabados. Los de Donald Bishop... no sé qué pensar. Lo conozco bien. Donald lleva una vida retirada. Desde que dejó de colaborar con los archivos y documentación bibliográfica de la US Army no

ha vuelto a hacer vida de relación. Tampoco le agrada. Mi abuelo y Donald Bishop eran muy buenos amigos. Yo, a la muerte de mis padres, acepté cuidar de Donald y vivir aquí. Es mi padrino, ¿sabes?

—Ya me he percatado de que no le tratas como si fueras una vulgar enfermera a sueldo

Los ojos de Jessica chispearon divertidos.

—Enfermera, secretaria, mecanógrafa, colaboradora... La última obra publicada por Donald Bishop debería llevar mi firma. Se puede decir que, a fuerza de colaborar y mecanografiar los escritos del profesor, también soy experta en temas de la Segunda Guerra Mundial. Afortunadamente ahora el profesor ya ha dejado de escribir.

Un timbre resonó en el salón.

Reiteradamente.

—¿Qué es eso? —inquirió Daniels.

—El profesor Bishop —sonrió Jessica, incorporándose del sillón—. Reclamando la cena. ¿Quieres acompañarnos, Blake?

—No, gracias. He quedado citado a las... ¡Cielos! —Daniels saltó del asiento al comprobar la hora de su reloj de pulsera—. Creí que era más temprano. Debo irme de inmediato.

—Vamos a tener mucho tiempo para hablar, Blake. ¿Te parece bien a las cinco treinta?

—Perfecto.

Jessica acompañó al agente del FBI hasta el living.

—¿Conoces Londres, Blake?

—No muy bien. He estado sólo en un par de ocasiones y siempre realizando una misión. Ahora será diferente. Como unas vacaciones.

—Opino igual, Blake. Unas vacaciones. Hasta mañana.

—Adiós, Jessica.

Daniels abandonó el apartamento.

Al consultar nuevamente el digital del reloj calculó que llegaría cuarenta minutos tarde a su cita con Katia.

Poco después, al volante del Chevrolet, ya no pensaba en la maciza Katia Bochkaryova; sino en la seductora Jessica Palmer.

Y sonrió ante la perspectiva de aquellas vacaciones en Londres junto con Jessica.

Blake Daniels ignoraba que iban a ser unas vacaciones sangrientas.

CAPITULO III

El aeropuerto londinense de Heathrow era un verdadero caos. En todos sus anexos. El departamento de aduanas, control de pasajeros y accesos a pista estaban saturados.

—¡Maldita sea! Me va a dar el infarto.

—Tranquilo, abuelo —aconsejó Jessica—. ¿Estás seguro de que deben venir a recogernos, Blake?

Daniels asintió encendiendo un cigarrillo.

—Esas son las instrucciones que tengo. Esperar aquí, pero también yo me estoy cansando. Máxime después del infernal viaje en avión. Nos largaremos al Foldy Hotel por nuestros propios medios. Vamos hacia el departamento de aduana y...

Blake Daniels se interrumpió al descubrir a la mujer que corría hacia ellos agitando la mano derecha.

Una mujer joven. De unos veinticinco años de edad. De abundante y sedosa melena rubia que le caía majestuosamente sobre los hombros. Enmarcando un bello rostro de perfecto óvalo adornado con ojos azules.

Lucía un elegante vestido recto de angora negra. Un modelo que no ocultaba la exuberancia de su cuerpo. Unos senos prominentes, una cintura cimbreante y ampulosas caderas sensualmente moldeadas por la tela del vestido.

La mujer llegó jadeante.

Con oscilante subir y bajar de senos.

—Perdonen mi demora... Soy Sandra Forman, secretaria de relaciones públicas de la Unión Pacifista Internacional en Londres. Me equivoqué de sala de espera y traté de localizarles en la HB-9. Una de las azafatas del jet me facilitó los datos sobre ustedes y...

—¿Aquí cuándo se come?

La súbita interrupción del anciano hizo enmudecer y parpadear a Sandra Gorman.

Jessica enrojeció como una amapola.

—Le..., le presento al profesor Donald Bishop. Este es el señor Blake Daniels, del Federal Bureau of Investigation. Yo soy Jessica Palmer.

Sandra correspondió a la sonrisa.

—Es un placer. Ya me habían sido facilitados sus nombres. Si me permiten los pasaportes aceleraré los trámites aduaneros.

También los tícceks del equipaje, por favor.

En efecto.

Con la colaboración de la eficaz Sandra Gorman fue cuestión de minutos. Poco más tarde ya se encontraban sobre el asfalto de una de las zonas de parking del Heathrow. Un modelo «Carmargue» coupé dos puertas y cinco plazas.

El individuo que se había hecho cargo del equipaje se situó también al volante del vehículo.

Daniels, Jessica y el anciano se acomodaron en el asiento trasero.

Sandra Gorman se situó junto al conductor.

Los veintidós kilómetros que separaban el aeropuerto internacional de Heathrow con el centro de Londres fueron amenizados por la simpatía de Sandra que hablaba y hablaba sin cesar.

—Ahora circularemos por la zona conocida por Knightsbridge. Al fondo queda el Hyde Park y a su derecha Mayfair.

Donald Bishop permanecía casi con la nariz pegada ai cristal de la portezuela. Con los ojos entornados.

—Maldita sea... No veo nada...

—La clásica niebla de Londres, profesor —sonrió Sandra—. El smog. Con las primeras horas de la no che se deja sentir aún más.

—¿De la noche?

—Sospecho que el profesor ha olvidado añadir cinco horas a su reloj —comentó Daniels—, La diferencia horaria con Washington.

El anciano parpadeó.

—Entonces... ¿ya no hay almuerzo?

—No, profesor —rió Sandra, jovial—. Nos espera una succulenta cena en el Foldy Hotel.

—Almorzaré y cenaré a la vez.

Todos rieron la decisión de Bishop.

Sandra, ladeada sobre el respaldo, se situó cara al parabrisas delantero para seguir informando del recorrido.

Donald Bishop volvió a pegar la nariz al cristal.

Y Blake Daniels posó... distraídamente su zurda sobre la rodilla derecha de Jessica.

Esta no pudo evitar un respingo de sorpresa.

Cuando se disponía a rechazar la mano de Daniels interrumpió el iniciado ademán ante la pregunta que le formulaba Sandra Gorman.

—No... No conozco Londres. Es mi primera visita a Inglaterra.

—Le gustará —sonrió Sandra, reforzando la conversación

mediante el espejo retrovisor. No se deje, impresionar por la niebla de ahora. Londres es una ciudad alegre.

Jessica sonrió.

Forzadamente.

La mano de Daniels ya había subido un palmo por encima de la rodilla femenina. Cuando Sandra dejó de mirar por el espejo retrovisor, Jessica intentó rechazar la caricia. Blake Daniels mantuvo impasible su mano sobre el muslo de la muchacha.

Aquel discreto forcejear, de incrementarlo, les delataría.

De ahí que Jessica optara por permanecer inmóvil.

—Ya estamos llegando —anunció Sandra—. Al final de Fosse Street, frente al Longe Garden, se alza el Foldy Hotel. Uno de los más modernos de Londres.

El Rolls Royce se detuvo frente a la entrada del hotel. Dos uniformados empleados del establecimiento se apresuraron a hacerse cargo del equipaje.

Descendieron del auto.

Jessica y Sandra penetraron primeramente en el hotel.

Seguidas de Daniels y Bishop.

El hall de recepción era desmesuradamente amplio.

Al fondo el mostrador de conserjería.

A la derecha se comunicaba con uno de los salones sociales del hotel.

Un individuo les salió al encuentro.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De cabello prematuramente blanco, frente abombada y reflexiva. nariz carnosa y redondeada barbilla. Unos caídos y espesos bigotes a lo Brassens destacaban en su rostro.

—¡Reverendo Hooper! ¡Es un gran honor tenerle entre nosotros! Permítame que me presente. Soy Pierre Ledoux, presidente de la Unión Pacifista Internacional.

Donald Bishop, aunque se dejó estrechar la mano, arrugó la nariz.

—¿Reverendo? ¿Qué reverendo?

El tal Pierre Ledoux enrojeció.

Desvió la mirada hacia Sandra.

—Señorita Gorman..., ¿no fue en busca del segundo representante de los Estados Unidos?

—En efecto, señor. El profesor Donald Bishop, de

Washington D. C. Junto con el doctor Peter Kramer son los que...

El rostro de Pierre Ledoux ya era todo un tomate.

—Oh, si... por supuesto... el profesor Bishop. Disculpe mi torpeza. Tenía en mente el nombre de otro de los participantes al simposium. Es un gran honor saludarle, profesor.

—Le presento a la señorita Palmer, secretaria del profesor —dijo Sandra con una encantadora sonrisa que rompió la tensión del momento—. Este es el señor Daniels, del Federal Bureau of Investigation.

Pierre Ledoux, aún sin recuperarse, saludó torpemente.

—Nos... nos volveremos a ver durante la cena. Sin protocolos. Una reunión informal de amigos. Mañana comenzarán los actos oficiales, pero de todo ello ya les informará la señorita Gorman... Disculpen...

Pierre Ledoux se alejó hacia el salón más próximo.

Sandra acudió al mostrador para hacerse cargo de las llaves de las habitaciones, mientras que Daniels, Jessica y Bishop cumplimentaban en el libro de registro del hotel.

—Su habitación es la 503, Jessica. Contigua a la del profesor y con puerta de comunicación. Consideré prudente esa medida, pero si lo desean puedo...

—Una buena iniciativa, Sandra —dijo Jessica—. El profesor está a tratamiento y debo cuidarle.

Blake Daniels tomó la llave que le era ofrecida.

La número 506.

El equipaje ya había sido introducido en uno de los elevadores.

—Dentro de... tres horas es la cena. Ya han oído al presidente. Nada de etiquetas. En el salón Constance para los participantes en el simposium. En el Suzzie para los acompañantes. Yo estaré en el salón Suzzie —sonrió Sandra—, Allí será más divertido. En el Constance se reúnen para hablar y discutir sobre temas del simposium, se volverán a ver viejos amigos, se contarán historias... De seguro lo pasaremos mejor en el Suzzie, aunque por supuesto no es obligada la asistencia. A ninguna de las cenas. Si se encuentran cansados o prefieren cenar en sus habitaciones no tienen más que solicitarlo al servicio del hotel. ¡Hasta luego!

Sandra se alejó hacia el salón social de recepción.

Con un innato ondular de caderas.

—Simpática chica.

—Lo es, profesor, lo es...

—¿Quieres un pañuelo, Blake? —intervino Jessica, irónica—. Te asoma un hilillo de baba.

Los tres rieron encaminándose hacia uno de los ascensores donde ya les esperaba el botones.

Quinta planta.

Las habitaciones 502 y 503 quedaban a la izquierda del largo y ancho corredor.

La de Blake Daniels a la derecha. Frente a la número 503.

—Yo voy a darme un baño. ¿Quieres algo, abuelo?

—Nada, Jessica, nada... Descansaré un poco. Tengo tiempo antes de ir a esa cena.

—Si prefieres no acudir...

—¡Oh, no! De seguro encontraré viejos amigos. Me gustará ir. Lamento que tú y Blake...

—Es lógico que no estemos presentes —dijo Daniels—. Van a tratarse temas del simposium. Tanto Jessica como yo somos profanos.

El botones había depositado los equipajes en las habitaciones siguiendo las instrucciones.

Donald Bishop le llamó.

—Toma, hijo. Para ti.

El botones se alejó por el corredor contemplando la moneda de diez centavos dejada sobre la palma de su mano.

—¡Oh, Donald! ¡Diez centavos! ¡Le has dado diez centavos!

—No te sofoques, Jessica —sonrió Daniels—, Puede que no conozca semejante moneda y crea que lleva una fortuna.

—Pero... ¿qué pasa? ¿He hecho algo malo? Sólo tenía moneda USA.

—Mejor así, abuelo. De haberle dado unos peniques nos hubieran arrojado del hotel. ¡Adiós!

Jessica se introdujo en su habitación cerrando de seco portazo.

El anciano se encogió de hombros.

—Jamás comprenderé a las mujeres.

—Tampoco yo, profesor.

—Oye, Blake,.. Entra un momento en mi habitación y tomaremos un trago. Voy a pedir que nos suban una botella de whisky.

—No permitiré que haga semejante cosa

Donald Bishop, que en cortos pero rápidos pasos ya se había aproximado al teléfono de la mesa de noche, giró con una mueca en su rostro.

—Lo suponía. Sospechaba que tú también te entrometerías en...

—Sólo hay Wilde Turkey —interrumpió Daniels, abriendo el minibar coquetamente emplazado en el mueble del televisor—; aunque puede elegir entre un brandy Courvoisier, vodka Izmir,

cerveza Heineken...

—¡Eres un santo, muchacho! ¡Un santo!

—No podía permitir que telefonara teniendo mueble bar en la habitación, profesor.

—Whisky, Blake. Probemos ese Wilde Turkey. Y llámame Donald. Lo de «profesor» no me gusta.

—Okay, abuelo.

Donald Bishop rió cascadamente aceptando el vaso ofrecido por el agente del FBI.

—Eso está mejor. Como me llama Jessica. Por cierto... cuando descubra que las habitaciones disponen de bebidas hará que retiren todas las botellas.

—Entonces sólo tiene que cruzar el pasillo y entrar en mi habitación.

—¡Por todos los...! ¡Es cierto!

—Bueno, abuelo. Ya nos veremos. Yo también me voy a dar un baño.

Blake Daniels abandonó la estancia para pasar a su habitación.

La puerta estaba entreabierta y la maleta cerca del armario.

El hombre del FBI parpadeó al descubrir la presencia de Jessica.

—¡Vaya! No esperaba tan agradable sorpresa.

El movimiento de Jessica fue rápido.

Una de sus blancas y delicadas manos se estrelló en la mejilla de Daniels. No fue un trallazo violento, pero sí muy sonoro.

—¡Por tu atrevimiento en el auto! ¡Te aprovechaste de la situación, Blake! Y eso no me gusta, ¿entendido?

Daniels no respondió.

También él fue rápido de movimientos.

Posó sus manos sobre los hombros de Jessica atrayéndola contra sí. Antes de que la muchacha lograra esquivar el rostro la besó en los labios. Con fuerza. Sin permitirle separarse. Reteniéndola por los hombros.

Paulatinamente la resistencia ofrecida fue cesando.

También dejó de apretar los labios para así responder al beso de Daniels.

—Blake...

—¿Sí?

—Tu comportamiento es indigno de un agente del FBI.

—Y me avergüenzo de ello —murmuró el G-men, mordisqueándola en el lóbulo izquierdo—. Tengo pesadillas por las noches. ¿Qué te parece si hoy duermes conmigo?

Jessica se separó.

Roja como la grana.

—¡Eh, Jessica! —llamó Daniels al ver que la joven abandonaba precipitadamente la habitación—. ¡No pienses mal! ¡Sólo ¡para evitarme las pesadillas!

Escuchó el portazo de Jessica al entrar en su habitación.

Blake Daniels sonrió.

Comenzó a desempacar el equipaje. Apartó la ropa para después del baño.

Silbando alegremente.

Feliz ante su primera noche en Londres.

Y pronto el primer muerto en el Foldy Hotel.

CAPITULO IV

Checoslovaquia. Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Francia, Grecia, Yugoslavia... Todas las naciones invadidas durante la Segunda Guerra Mundial por las tropas de Hitler estaban representadas en el I Simposium de la Unión Pacifista Internacional.

Científicos, historiadores, abogados, veteranos combatientes... y ex cautivos de campos de concentración nazis.

En uno de los salones sociales del Foldy Hotel se había instalado una exposición fotográfica y documental de los campos de concentración y exterminio. Auschwitz, Dachau, Mauthausen, Ravensbriick, Bechenwald, Treblinka..., por sólo citar los más tenebrosos.

También había muestras más actuales.

Los campos de concentración de prisioneros en países en guerra, el confinamiento de disidentes en naciones tiranizadas, barracones de refugiados., aunque las alucinantes imágenes de los campos de exterminio nazis dominaban sobre toda aquella barbarie. La masacre de doce millones de seres por los genocidas hitlerianos difícilmente podía ser superada.

Las cenas en los respectivos salones Constance y Suzzie habían concluido.

Por las diferentes salas del hotel se habían formado tertulias, aunque también muchos de los participantes al simposium ya se habían retirado a sus habitaciones.

Donald Bishop uno de ellos.

Acompañado de Jessica, dado que el anciano parecía bastante... alegre.

—¿Qué plan tienes, Blake?

Daniels hizo una mueca.

Contempló a su compañero Cliff Reinking, el agente de San Francisco encargado de la protección del doctor Peter Kramer.

—Sospecho que se ha estropeado la noche. Pensaba salir con Jessica Palmer, pero el viejo profesor ha abusado del whisky. De seguro se quedará a cuidarlo.

Cliff Reinking sonrió.

Era un individuo joven, atlético y de rostro atractivo.

—Aún te quedan más noches, Blake. El que Donald Bishop viaje

con su sobrina...

—Su secretaria y enfermera.

—Bien... Su secretaría enfermera. Siempre la tendrás al alcance de la mano, Blake. El doctor Kramer se ha desplazado solo. Y tiene un carácter endiablado. Míralo allí..., en aquella mesa del rincón, discutiendo con un colega ruso. ¡Maldita sea! Estoy deseando que se retire a dormir. Me espera una de las azafatas de información del UPI.

—Comprendo. Estás impaciente por intercambiar con ella mensajes de paz.

Reinking rió divertido.

—¿Por qué no? Hay que estrechar lazos de amistad. No dudes que... —la risueña expresión de Cliff Reinking se borró bruscamente. Descendió del taburete—. Disculpa, Blake. Intuyo dificultades. Ese fulano que se acerca a la mesa, del doctor... Es Leigh Williams. Un corresponsal de prensa inglés residente en Alemania.

No sé por qué diablos le han invitado al simposium. No hace más que formular preguntas impertinentes e insultantes.

Un individuo de rostro alargado y ojos saltones se había aproximado a la mesa ocupada por el doctor Kramer y otros hombres más.

—¡Oh! ¡Esto es maravilloso! Lamento profundamente haber olvidado mi cámara en la habitación. Sería un documento gráfico único en la historia. El doctor Kramer, experto en armamento nuclear, platicando amigablemente con su colega ruso. ¿Cuál es el tema de la conversación? ¿Algún artefacto nuclear capaz de arrasarlo el planeta?

—Déjenos en paz, Williams.

—¿En paz? Ah, por supuesto... Somos invitados de la Unión Pacifista Internacional. ¿Y qué hacen dos expertos en armamento nuclear aquí? Con el más insignificante de sus artefactos nucleares ocasionarían más muertes que las producidas por los nazis en sus campos de exterminio.

Cliff Reinking llegó ante la mesa.

Coincidiendo con otro individuo de cabeza rapada que también acudía a grandes zancadas.

El científico ruso hizo una imperceptible seña.

Sin pronunciar palabra alguna.

Fue suficiente para que Cabeza Rapada se detuviera en seco.

Reinking esbozó una sonrisa.

El guardaespaldas del científico ruso no iba a intervenir, pero

él sí pensaba hacerlo.

—Señor Williams... Tiene una llamada urgente. Aquella cabina.

—¿Una llamada? Yo no...

—Por favor, acompáñeme.

Cliff Reinking le sujetó por el brazo derecho obligándole a caminar hacia las dos cabinas telefónicas situadas al fondo del salón de té.

Le empujó al interior de una de las cabinas.

—¿Qué significa esto? ¡No le tolero...!

—No vuelva a importunar al doctor Kramer — advirtió Reinking, secamente—. Si quiere dirigirse a él solicite entrevista previa, ¿de acuerdo?

Leigh Williams no respondió.

No podía hacerlo.

Cliff Reinking le había propinado un puñetazo en la boca del estómago. Acto seguido, dejando al individuo semiencorvado en el interior de la cabina, retornó al mostrador.

—Asunto solucionado, Blake.

—Sí, ya me he percatado de ello —sonrió Daniels—, Me gustan tus métodos, Cliff. ¿Cómo es tu jefe en San Francisco?

—Inspector Curtis. Como un padre. Me recomendó para que pasara una temporada ocupando plaza en Alaska.

—¿Alaska? ¿Has estado destinado en Alaska? —inquirió Daniels, sintiendo un súbito escalofrío—. Tienes que contarme...

Blake Daniels enmudeció bruscamente.

A través de la puerta de cristal había descubierto a Sandra Gorman cruzar la sala de recepción.

—¡Hasta mañana, Cliff!

Daniels descendió del taburete.

Abandonó el salón de té dando alcance a Sandra cuando ya se disponía a salir del hotel.

—Buenas noches, Sandra.

La muchacha ladeó la cabeza con un ligero sobresalto.

—¡Ah...! Hola, señor Daniels.

—Blake para los amigos. Y todas las amigas me tutean.

Sandra sonrió.

—Muy bien, Blake. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Quiero formularte algunas preguntas relacionadas con el profesor Bishop, pero si tienes prisa las dejaré para mañana.

—Debo ir ahora a mi apartamento, cambiarme de vestido y recoger un dossier para el señor Ledoux. Luego regreso nuevamente al hotel. Si quieres acompañarme hablaremos por el

camino.

—Será un placer.

Abandonaron el hotel.

Sandra se encaminó hacia un Aston Martin estacionado a poca distancia.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

La muchacha, frente al volante, maniobró con habilidad bordeando el Lange Garden y enfilando por Fosse Street.

—¿Y bien, Blake? ¿De qué se trata?

Daniels encendió un cigarrillo.

—He estado hablando con el señor Pierre Ledoux. Sobre el incidente ocurrido a nuestra llegada al hotel.

—¿incidente?

—Me refiero a la confusión del presidente de la Unión Pacifista Internacional. Esperaba al reverendo Richard Hooper, ¿no es cierto?

—Fue una torpe confusión de nuestro presidente. Un despiste. En el día de hoy hemos recibido a la mayoría de los invitados al simposium. Unos llegaron ayer, pero hoy fue el día de mayor...

—No fue un despiste, Sandra. El señor Ledoux me confesó que estaba plenamente convencido de que los dos representantes de los EE. UU, eran el doctor Peter Kramer y el reverendo Richard Hooper. Me hizo prometer que no lo comentaría con el profesor Bishop para no herir susceptibilidades.

Sandra ahogó un suspiro.

Sus prominentes senos tensaron al máximo la negra tela del vestido.

—Bien. Esa era también mi intención, pero ya que el presidente se ha sincerado..., le imitaré. Los dos recomendados por la Unión Pacifista internacional fueron, entre una lista de diez nombres, el doctor Kramer y el reverendo Hooper. Washington nos respondió que gustosamente participaría en ese I Simposium de la UPI y que aprobaba a los dos recomendados para representar a los EE. UU. No se habló más. De ahí la confusión. Tal vez un error en la lista... Ignoro lo ocurrido, pero poco importa. El señor Ledoux ya ha programado un par de conferencias a cargo del profesor Bishop.

—El presidente me pareció desilusionado.

—¡Oh, no! Sólo confundido. El profesor es un buen historiador y con la terrible experiencia de haber permanecido cautivo en un campo de concentración nazi. Junto con el doctor Kramer representará dignamente la intervención USA en la causa de Unión Pacifista Internacional. Reconozco que el doctor Kramer, junto con

su colega ruso, el científico Vladimir Borodin, son los protagonistas del simposium. Ambos científicos son partidarios de la paz y, sin embargo, deben investigar en destructores artefactos nucleares para mantener equilibrada la balanza del terror bélico de las dos grandes potencias.

—Según el programa oficial el simposium durará cuatro días.

—Correcto. ¿Algún inconveniente?

—Esperaba permanecer más tiempo en Londres.

—Celebro oírte decir eso —sonrió Sandra—. ¿También es tu primera visita? Aquí hay mucho que ver. Palacio de Buckingham, la abadía de Westminster, la Torre de Londres con sus tétricos calabozos y las fabulosas joyas de la Corona...

Blake Daniels chasqueó repetidamente la lengua.

—Eso es para turistas, Sandra. Yo prefiero conocer el Londres... prohibido. El que no figura en las guías.

—Imposible hacer esa ruta en solitario, Blake.

—Lo sé. ¿Quieres ser mi guía?

Sandra desvió fugazmente la mirada.

Con un gracioso abanicar de sus rubios cabellos.

Sus ojos, unos ojos azules de transparente fondo, chispearon picaros.

—Será un placer, Blake.

—¿Esta noche?

La muchacha dudó unos instantes.

Ya con los ojos fijos en el intenso tráfico de las calles londinenses.

El auto circulaba paralelamente a la Queen Victoria Street.

La proximidad del Támesis hacía más densa la niebla.

Las brumas que parecían surgir del río envolvían aquella parte de la ciudad con mayor intensidad.

—No puedo asegurarlo, Blake. Depende del señor Ledoux. Tengo que llevarle un dossier, unas películas, cintas... Si me pide que le ayude a clasificarlo, sospecho que no podrá ser esta noche.

—¿Tienes todo eso en tu apartamento?

—La Unión Pacifista Internacional tiene su sede central en Francia. El presidente me envió una carta hace ya varios meses anunciándome la celebración del simposium y solicitando que consiguiera abundante documentación sobre el tema a tratar. Campos de concentración nazis y actuales. Preferentemente documentación que procediera de particulares. Cuando los medios de comunicación social dieron noticia del proyecto mi apartamento fue invadido por infinidad de correspondencia.

Recuerda que yo soy la secretaria de la UPI en Londres.

—Comprendo.

—Ya hemos llegado —dijo Sandra aminorando la marcha hasta detenerse frente a un edificio de vieja construcción—, ¿Regresas conmigo al Foldy Hotel o prefieres aventurarte en la noche de Londres?

—Regresaré contigo.

Sandra sonrió complacida.

—Entonces sube. Te serviré un whisky que te hará más amena la espera.

Descendieron del vehículo.

Estacionado ante el 771 de Hackin Street.

Penetraron en el edificio.

Un amplio portalón de casa antigua.

Con artísticas lámparas de pared.

Pasaron al elevador.

La cabina era estrecha.

Un ascensor moderno.

No acorde con la vetusta aunque sólida construcción del edificio.

—Pequeño, ¿verdad? —sonrió Sandra, pulsando el botón de la tercera planta—. Obligaron a desmontar el viejo ascensor y colocar éste.

—Me gusta. Es más... íntimo.

La muchacha, tras presionar el pulsador, había girado hacia Daniels.

Ciertamente era una cabina estrecha. Máxime con los exuberantes senos de la joven que, al ladearse, rozaron a Daniels.

Se miraron a los ojos.

Blake Daniels bajó la cabeza.

Muy lentamente.

Lo suficiente para posar su boca sobre los labios de Sandra. Unos labios carnosos y húmedos que le recibieron entreabiertos.

El ascensor se detuvo en la tercera planta, pero el beso prosiguió.

Sandra fue la primera en percatarse de la inmovilidad del elevador. Se separó con leve rubor en las mejillas.

—Ya..., ya hemos llegado...

La joven salió al corredor.

De un bolso de mano extrajo un juego de llaves introduciendo una de ellas en una de las puertas del pasillo.

Al penetrar en el apartamento volvieron a mirarse a los ojos.

Intensamente.

El hombre del FBI esbozó una sonrisa.

Puede que la noche no estuviera del todo malograda.

* * *

Sandra saltó del jecho.

—¡Cielos! ¡Y el señor Ledoux esperando!

El turbador espectáculo de la desnudez de Sandra fue breve. Pasó veloz del dormitorio al contiguo cuarto de baño.

Blake Daniels sonrió por el instintivo pudor femenino que dominaba a la muchacha. No obstante logró admirar una vez más aquel cuerpo de perfectas y armoniosas curvas. Los senos poderosos y erguidos, duros, de erecto pezón que destacaba coronando la ancha aureola. El vientre ligeramente curvado. La estrecha cintura que contrastaba con el inicio de las ampulosas caderas, la morbidez de los largos y esbeltos muslos...

Sí.

Un bello espectáculo.

Daniels alargó la diestra hacia la mesa de noche atrapando la cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

A medio consumir el emboquillado apareció Sandra.

Con las manos a la espalda.

Pugnando con el cierre del sujetador.

Se aproximó a Daniels.

—Por favor, Blake... Ayúdame.

El G-men recreó una vez más la mirada. La mirada y el tacto. Deslizó su mano derecha por la desnuda espalda de Sandra. Hasta llegar al diminuto slip. Percibió un estremecimiento en el cuerpo de la joven.

—Oh, Blake... no... El señor Ledoux...

—De acuerdo, Sandra. Tranquila.

Daniels manipuló en el cierre del sujetador engarfiando el cierre. Un sujetador de inedia copa en tul de nylon. Muy ligero. Muy generoso. La mitad superior de los senos femeninos quedaba al descubierto.

La muchacha corrió hacia el armario.

Con aquellas dos minúsculas prendas por vestimenta

Apartó un modelo del armario para seguidamente sentarse en la butaca del tocador. Procediendo a ajustarse unos pantys. Los alisó una y otra vez a lo largo de sus provocativos muslos.

Y Daniels sin perder detalle.

—Oye. Blaque..., ¿por qué no empiezas tú también a vestirme? —sonrió Sandra, algo nerviosa por la mirada masculina—. No pienso esperar por ti.

—Soy muy tímido, Sandra.

La joven rió ahora más espontánea.

Se calzó unos zapatos y luego el vestido sacado del armario. Situada frente al espejo. Un elegante conjunto con/puesto por vestido con tirantes de lurex dorado y chaqueta ablusada, ceñida a la cintura mediante lazada. Un modelo de audaz escote. De ahí la elección del sujetador de media copa.

—¡Cinco minutos te doy, Blake! —exclamó Sandra, encaminándose hacia la puerta del dormitorio—. Ese es el tiempo que necesito yo para recoger las cosas que debo llevar al señor Ledoux.

Daniels exhaló una bocanada de humo.

Aplastó el cigarrillo abandonando el lecho.

Cuando pasó al salón del apartamento, ya completamente vestido y dispuesto a marchar, aún tuvo tiempo de llenar el vaso de whisky depositado sobre la pequeña mesa.

—¿Te sirvo uno, Sandra?

La muchacha terminaba de cerrar un par de maletines.

—No... Con el que tomé al llegar ya es más que suficiente para mí. ¿Nos vamos?

Daniels vació el vaso.

Se hizo cargo de las dos valijas.

Minutos más tarde estaban de nuevo en el interior del Aston Martin. Camino del Foldy Hotel.

—¡Señorita Gorman! El señor Ledoux ha preguntado repetidamente por usted.

—¿Dónde está ahora?

—Ya se ha retirado a sus habitaciones, pero la está esperando.

La joven giró hacia el sonriente Daniels.

Tomó las dos valijas.

—En cuestión de minutos te informaré si puedes contar conmigo como guía. ¿Dónde estarás?

—En el salón de televisión.

—Si en el plazo de quince minutos no recibes mi llamada, decide por tu cuenta.

—Okay.

Sandra se alejó hacia uno de los elevadores.

Blake Daniels, al pasar por conserjería, dirigió una mirada al

casillero. La llave 502 no estaba, pero sí la 503. Esta correspondía a Jessica.

—La señorita Palmer..., la ocupante de la habitación 503, ¿no está en el hotel? El conserje desvió instintivamente los ojos hacia el casillero.

—No... ¿Es usted el señor Daniels?

—Sí.

—La señorita Palmer preguntó por usted. Permaneció algunos minutos en el bar de recepción. Luego la vi salir con el señor Antonovich.

Blake Daniels parpadeó.

—¿Con quién?

—Aram Antonovich —sonrió levemente el conserje—. Es un diplomático ruso acreditado en Londres.

CAPITULO V

Leigh Williams cerró con llave la puerta de la habitación.

Con torpe paso se encaminó hacia el mueble bar.

Ya había bebido bastante, pero necesitaba un trago más para calmar los nervios. Se había pasado gran parte de la noche discutiendo con unos y con otros.

Se despojó de la chaqueta para seguidamente aflojar el cuello de la corbata. Con una botella de whisky en la mano derecha pasó al contiguo cuarto de baño.

Reapareció a los pocos minutos.

Completamente desnudo y con el gollete de la botella aplicado a los labios.

Bebiendo largamente.

Se dejó caer pesadamente sobre el lecho.

Empezaba a sentir náuseas y un fuerte dolor de cabeza.

Depositó la botella sobre la cercana mesa de noche accionando el interruptor de la luz.

La estancia quedó en la más completa oscuridad.

El ventanal de la habitación no comunicaba con el exterior. De seguro ocupaba una de las habitaciones más mediocres del Foldy Hotel.

Leigh Williams escuchó el ruido.

El girar de una cerradura.

Le llegó muy lejano, de ahí que no le hiciera el menor caso. Incluso puede que lo hubiera imaginado. Su mente era un torbellino.

No.

No lo había imaginado.

La oscuridad le impidió ver cómo el pomo de entrada a la habitación comenzaba a girar lentamente.

Muy lentamente.

La puerta se entreabrió.

La iluminación procedente del corredor inundó momentáneamente la estancia.

Leigh Williams, con los ojos cerrados, no reparó en ello. La puerta había vuelto a cerrarse retornando la oscuridad.

Williams se removió en el lecho.

Inquieto y molesto.

Indudablemente había bebido demasiado. Y ya empezaba a tener pesadillas. Escuchar voces...

Una voz masculina.

Una voz fría y dura.

—Achtung..., achtung...

Leigh Williams agrandó los ojos.

Aquella voz sonaba allí.

En el interior de la habitación.

Próxima a él.

Williams quiso tender su diestra hacia la mesa de noche para presionar el interruptor de la lámpara, pero no logró hacerlo.

Los brazos le pesaban como plomo. Quedó de bruces sobre la cama. Con la mano derecha colgando. La diestra rozando la alfombra del suelo.

De nuevo la voz.

Con un perfecto acento alemán.

Ahora más potente y autoritaria.

—Achtung!

Leigh Williams, corresponsal de prensa acreditado en Alemania desde largo tiempo, conocía perfectamente el idioma; pero aquella palabra tenía una especial significación. Muy utilizada en los campos de concentración nazi.

Cada vez que un oficial de las SS penetraba en el barracón de prisioneros, el kapo de la puerta debía gritar la voz de *achtung* (1) obligando a los deportados a permanecer en posición de firmes.

(1) ¡Atención!

La voz masculina resonaba ahora potente.

—Achtung!

Y súbitamente se encendió la luz de la lámpara.

Leigh Williams quedó unos instantes inmóvil.

Deslumbrado por la repentina iluminación.

Todavía de bruces sobre el lecho fue ladeándose pesadamente

Con torpeza.

Lo primero que vieron sus ojos fueron las botas.

Unas botas de altas cañas escrupulosamente lustradas.

Fue alzando lentamente la mirada. Agrandó los ojos con un incesante parpadear incrédulo.

Contempló el uniforme.

Un uniforme alemán.

Un uniforme de blockfuhrer.

El clásico y temido uniforme utilizado por los guardianes de

las SS encargados de la vigilancia en los barracones de prisioneros.

No le faltaba detalle.

La funda con la pistola, el largo cuchillo a la cintura, la cruz esvástica, el anillo con la calavera...

—Achtung!

Leigh Williams quiso obedecer aquella seca orden, pero su cuerpo se negaba a todo movimiento, incluso el habla. Era incapaz de articular palabra alguna.

El guardián de las SS avanzó hacia el lecho.

Con seco resonar de sus botas.

Williams contempló las manos protegidas por guantes de negra piel. Y aquellas manos sostenían una pesada cachiporra recauchutada. La famosa y terrorífica *gummi* empleada por los bolckfuhrer. Con ella habían dado muerte a más de un prisionero. A cachiporrazos.

Sí.

Era una *gummi*.

Leigh Williams tenía una exactamente igual en su domicilio de Berlín. Junto con otros recuerdos nazis de los que era ferviente coleccionista.

Williams cerró los ojos

Con fuerza

Aquello era una pesadilla.

No podía ser real.

Al abrirlos de nuevo comprobó que la siniestra figura continuaba allí. Al pie del lecho.

Muy próxima. La diestra aferrando la *gummi* y golpeando suavemente sobre la palma de su mano izquierda.

Y otra vez la potente voz.

Viril y dura.

Fría.

—Funf und zwanzig (1).

(1) Veinticinco.

Leigh Williams palideció a la vez que su rostro se desencajaba en una mueca de terror.

Intentó de nuevo incorporarse.

Sin resultado.

Estaba como paralizado.

Y presa de pánico.

—Funf und zwanzig-

Aquello era más que una cifra.

Leigh Williams lo sabía bien. El era un fanático nazi. Lo acusaba en sus artículos periodísticos. Y también en sus novelas, aunque muy pocos estaban al corriente de que bajo el seudónimo de Voiker Hofbauer, mediocre escritor de novelas populares especializadas en temas de la Segunda Guerra Mundial, se ocultaba el ciudadano inglés Leigh Williams.

Y todas las novelas de Williams eran una alabanza al nazismo. Un ideal que parecía renacer en la decadente Europa.

En infinidad de ocasiones los personajes de ficción creados por Williams habían pronunciado esa cifra. *Funf und zwanzig*. Para un prisionero en un campo de concentración nazi sólo significaba una cosa. Sabía que iba a recibir veinticinco golpes de *gummi*.

—Funf und zwanzig!

La seca voz alemana coincidió con el primer trallazo.

Sobre la frente de Williams.

La *gummi* originó un siniestro chasquido al golpear.

Leigh Williams gimió. Un ahogado gemido cuando su intención era la de proferir un desgarrador alarido.

No podía hacerlo.

No podía hablar.

No podía moverse...

Sólo contemplar impotente y alucinado cómo la cachiporra volvía a descargarse violentamente sobre su rostro. Ahora contra la nariz. El crujir de huesos se entremezcló con el brotar de la sangre que surgió abundante por la destrozada nariz.

Tercer trallazo.

Sobre la boca de Williams.

Convirtiéndola en un boquete de sangre. Reventándole los labios y haciendo saltar los dientes. Aquel manantial de sangre, unido al que brotaba de la nariz, desdibujaba ya por completo el rostro de Williams.

Cuarto golpe.

Sobre el ojo izquierdo.

Estallándole el globo ocular.

Los golpes fueron sucediéndose con más rapidez. Con más violencia. Una y otra vez sobre el ensangrentado rostro de Williams.

Convirtiéndolo en pulpa sanguinolenta.

Leigh Williams ya había perdido la cuenta de los golpes. También había dejado de gemir. Ya no escuchaba nada. Ya no sentía nada.

El golpear de la *gummi* era ahora acompañado por un entrecortado jadear. El siniestro atacante empezaba a dar muestras de cansancio, no obstante prosiguió implacable. Cruel. Sádico..

El sí llevaba la cuenta.

Se detuvo al llegar a los veinticinco golpes.

Su fuerte jadear resonaba ahora estridente en la silenciosa habitación. Una estancia de paredes aislantes para proporcionar buen descanso a los clientes del hotel.

Leigh Williams ya estaba descansando.

Para toda la eternidad.

CAPITULO VI

Quince minutos.

Y Sandra no le había hecho llamar.

Blake Daniels abandonó el salón de televisión pasando al bar lindante. Aún era demasiado pronto para retirarse a dormir. Al menos para él.

Esperaría un poco más.

Tal vez Sandra.

No.

A los treinta minutos de espera, Blake Daniels decidió por resignarse.

Sandra retenida por el presidente de la Unión Pacifista Internacional. Y la dulce Jessica Palmer paseando por Londres del brazo de un diplomático ruso.

El Foldy Hotel carecía de *nigth-club*. Sólo bar en cada planta, salones sociales y unas mesas de billar en la sala de juegos.

Daniels se dirigió a recepción.

Encendió un cigarrillo.

Pensativo.

Dirigiendo alternativas miradas al casillero de conserjería y a la puerta de salida.

En Londres la noche no había hecho más que empezar. La ciudad alegre y nocturna estaba ahora en su apogeo.

De seguro encontraría diversión apenas cruzar la calzada.

Blake Daniels hizo una mueca.

Se decidió por retirarse a dormir. Le quedaban más noches en Londres. En conserjería solicitó su llave. Cuando se encaminaba hacia uno de los elevadores le sobresaltó el grito.

Un desgarrador grito femenino que resonó por el hueco de la escalera.

Los presentes en el salón de recepción, tanto clientes como empleados del hotel, se miraron entre sí perplejos.

Daniels fue el único en reaccionar.

Corrió hacia la escalera iniciando la subida con rapidez.

Los gritos no cesaban.

También escuchó unos precipitados pasos.

El encuentro tuvo lugar entre la tercera y cuarta planta.

Blake Williams casi tropezó con la muchacha que descendía

veloz la escalera. Sin dejar de gritar. Con el miedo reflejado en el rostro.

Era una de las empleadas del hotel.

Al menos lucía el uniforme de camarera de piso. Vestido negro, blanco delantal y medias oscuras.

La muchacha se abrazó a Daniels.

—¡Quiere matarme! ¡Quiere matarme!

—Tranquila... Aquí estoy yo para...

—¡Ayúdeme! ¡Quiere matarme!

Daniels sonrió atenazando los hombros de la mujer. La separó un poco. Lo suficiente para poder soltarle un revés.

La sonora bofetada cortó de raíz los gritos femeninos.

—Te encuentras ahora mejor, ¿verdad? —dijo Daniels, sin abandonar la sonrisa—. Ya puedes contarme lo ocurrido. Con toda calma.

La mujer ladeó nerviosamente la cabeza.

Mirando hacia el piso superior.

—Ya..., ya no me sigue.

Blake Daniels contempló más detenidamente a la mujer.

De unos veinticinco años de edad. El vestido muy ceñido. La falda corta. Senos prominentes. Caderas insinuantes.

—Un cliente, ¿eh? Más que matarte sospecho que quena hacerte otra cosa.

La mujer ignoró el comentario.

El miedo todavía la dominaba.

—Era... era un hombre con uniforme militar... con distintivos nazis... la cruz gamada, la calavera... Salió de una de las habitaciones de la sexta planta. Llevaba unos guantes en una bolsa de plástico. Unos guantes manchados de sangre. Al verme intentó huir, pero cuando yo comencé a gritar se dirigió hacia mí. Sacó un largo cuchillo... ¡Quería matarme!

—¿De qué habitación salió?

—No..., no lo sé...

—Puedes calcularlo, ¿no? Aproximadamente.

La mujer asintió.

Sin dejar de mirar hacia atrás.

—Sí..., la habitación 610, o la 612... No, la 610... Sí, estoy segura. Yo había llevado una botella de agua mineral a la 601 y, al doblar el corredor le vi al fondo. Era la habitación 610.

Un individuo llegó procedente de los pisos superiores.

—¡Maldita sea, Gladys! ¿Qué diablos le ha ocurrido? ¿Por qué ha gritado como una loca?

—¡Oh, señor Lambert!

La llamada Gladys cambió de brazos protectores.

Abandonó a Blake Daniels acudiendo hacia el recién llegado.

Entrecortadamente narró lo mismo que había dicho a Daniels, sólo que ahora concretó el número de la habitación.

La número 610.

—Un momento, Gladys... Al oírla gritar yo subí en el elevador a la última planta del edificio. Fui bajando piso por piso y no había nadie por los corredores.

—Yo subí por la escalera —dijo Daniels—, Y sólo me crucé con Gladys.

El individuo arqueó las cejas.

—¿Y usted quién es?

—¿Debo responder?

El hombre hinchó el pecho.

—Soy Ed Lambert, detective del hotel. Y si está obligado a responderme.

—Mi nombre es Blake Daniels. Soy el acompañante del profesor Bishop.

—¡Ah, sí! Un colega —rió el individuo—. Sé que pertenece al FBI. Yo sé muchas cosas. Es mi obligación como detective del Foldy Hotel. ¿Me acompaña hasta la habitación 610? Usted también, Gladys.

—¡No! ¡Yo no!

Ed Lambert se alisó una de sus pobladas patillas. Era un individuo extremadamente delgado. De unos cuarenta y cinco años de edad. Con una cierta semejanza al Sherlock Holmes de las películas británicas.

—No sea chiquilla, Gladys. Está claro que el ocupante de la habitación 610 quiso gastarte una broma. Una broma de pésimo gusto de la que tendrá que dar explicaciones ¡En marcha!

Lambert tomó del brazo a la mujer

No utilizaron el elevador.

Ya casi estaban en la cuarta planta y de ahí que se decidieran por la escalera.

Lambert iba consultando un cuaderno de notas.

—Tengo una relación de todos los invitados por la Unión Pacifista Internacional. Distribuidos en los pisos cuarto, quinto y sexto del hotel. Habitación 610..., aquí está. El bromista se llama Leigh Williams.

—No..., no era el señor Williams —murmuró Gladys.

—¿Acaso no salió de la habitación 610?

—Sí, pero no era el señor Williams —insistió la muchacha—. No pude verle el rostro. La gorra militar le semiocultaba, pero no era el señor Williams. Este es mucho más alto.

—Pronto saldremos de dudas.

Llegaron a la sexta planta.

Por el largo corredor en forma de «L» permanecían algunos empleados del pequeño bar y salón social del piso. Alarmados por los gritos de Gladys. Ningún cliente. La insonoridad de las habitaciones, o la indiferencia hacia los problemas ajenos, les mantenía al margen.

También estaba allí la gobernanta del piso.

Dirigió una severa mirada a Gladys.

—Te lo advertí, Gladys. Siempre provocando y luego gritas cuando algún cliente te echa mano.

—No seas vulgar, Cynthia —replicó el detective, sin ocultar el esbozo de una sonrisa—. No se trata de eso.

Ed Lambert se detuvo frente a la puerta señalizada con el número 610.

Golpeó la hoja con los nudillos.

Repetidamente.

Tras unos instantes de espera, y al no recibir respuesta, hinchó el pecho para dar mayor potencia a su voz.

—¡Abra la puerta, señor Williams! ¡Soy el detective del hotel!

Volvió a reiterar la llamada.

Sin resultado positivo.

—Déme el duplicado, Cynthia.

La mujer rebuscó en el amplio bolsillo del delantal. Extrajo un juego de llaves. Seleccionó una que ofreció a Lambert.

El detective abrió la puerta.

La habitación estaba iluminada. La luz del techo y la lámpara de noche. Esta última enfocaba de lleno el rostro de Leigh Williams.

Ed Lambert retrocedió como si hubiera recibido un impacto en el pecho.

Blake Daniels le apartó para poder contemplar lo que había hecho palidecer al detective. Y el sanguinolento rostro de Leigh Williams, convertido en una deforme masa, quedó visible para cuantos estaban detrás del detective.

Gladys y Cynthia comenzaron a gritar a dúo.

Los de dactiloscopia estaban realizando un concienzudo trabajo. Ya se habían disparado placas desde todos los ángulos posibles. Al cadáver y a algunas determinadas partes de la habitación.

—Me gustaría conocer la valiosa opinión de un agente del famoso Federal Bureau of Investigation.

Daniels sonrió.

Percatándose de la marcada ironía del individuo.

Jason Mayhew, inspector de Scotland Yard.

Un hombre de cincuenta y dos años de edad.

De rostro apacible, insignificante, aunque con un brillo especial en la mirada. Un permanente destello de inteligencia y astucia.

—¡Por favor, inspector! ¿Qué puede valer mi opinión ante un caballero de Scotland Yard! ¡Cuna de detectives!

—Anímese, Daniels. No sea tímido.

—Pues... Mi diagnóstico es el de muerte natural.

Jason Mayhew entornó los ojos.

—¿Muerte natural?

—Sí. Después de machacarle a uno sádicamente la cabeza lo natural es que muera, ¿no?

—Empiezo a comprender las razones de la decadencia del FBI.

—Disculpe, inspector —dijo Daniels, llevándose un cigarrillo a los labios—. Estoy impresionado y trataba de calmar los nervios con un intrascendente comentario. Reitero mis disculpas. En cuanto a mi opinión..., no puedo decirle gran cosa. Sólo me sorprende la ausencia de signos de resistencia. Leigh Williams se dejó matar como un pajarito. No hay el menor desorden en la cama ni en la habitación.

—Puede que estuviera durmiendo, aunque eso lo determinará la autopsia. Un primer golpe pudo matarle o dejarle sin sentido. Y luego el asesino se dedicó a continuar salvajemente. Con un objeto alargado y cilíndrico. Una barra o porra.

—¿Qué me dice del nazi?

El inspector de Scotland Yard se pellizcó el lóbulo izquierdo.

—Indudablemente es una buena pista. El I Simposium de la Unión Pacifista Internacional ha desencadenado una viva polémica. Los detractores opinan que no se debe remover el pasado. Recordar lo ocurrido en los campos de concentración nazis es sumamente desagradable.

—Cierto. A mí tampoco me gustó *Holocausto*.

Jason Mayhew volvió a empuñarse los ojos.

Dirigió una inquisitiva mirada al G-men.

—Me sorprende su ironía, Daniels. A menos que pretenda ocultar su estado de ánimo con una fingida capa de indiferencia. Le he hablado de unos contrarios al simposium, pero hay otros. Los fanáticos nazis. Esos que pugnan por resurgir la ideología de Hitler. No sólo en Alemania. Hay fanáticos nazis en Italia, Francia, Inglaterra... Uno de ellos pudo disfrazarse de oficial de las SS y eliminar a uno de los invitados al simposium.

—Es una buena hipótesis.

—Inspector...

Un policía uniformado se había aproximado a Mayhew.

—Puede retirarse a dormir, Daniels. Ya es muy tarde.

—Prefiero quedarme, inspector. Siempre es bueno aprender.

—Se aburriría con nuestros rutinarios métodos —sonrió Jason Mayhew—. Retírese. Es mi... consejo. Y no se preocupe más del asesinato, ¿comprendido?

Blake Daniels correspondió a la fría sonrisa del inspector

—Sí. Creo que le he comprendido perfectamente.

—Magnífico. Buenas noches, Daniels. Ha sido un placer conocerle.

El agente del FBI abandonó la habitación encaminando sus pasos hacia uno de los elevadores del corredor.

Instintivamente giró la cabeza.

Y sorprendió a Jason Mayhew y al policía uniformado que le seguían fijamente con la mirada. Una mirada poco tranquilizadora.

Daniels se introdujo en el elevador.

Pulsó el botón de la planta inferior.

Al salir de la cabina rebuscó por los bolsillos hasta dar con la llave de su habitación.

Avanzó por el pasillo deteniéndose frente a la puerta 506.

Introdujo la llave en la cerradura. Al intentar girar la se percató de que ya estaba deslizado el cierre.

Sin duda había olvidado cerrar la puerta con llave.

Al abrir la hoja de madera se detuvo sorprendido por la luz. Y más perplejo quedó al oír la voz.

—¡Por fin! ¡Llevo más de una hora esperándote, Blake!

Daniels parpadeó.

Contemplando a Sandra que le sonreía sensual desde el lecho.

CAPITULO VII

Sandra Gorman estiró los brazos perezosamente.

—Debo marcharme antes de que llegue el servicio de desayunos. No me gustaría que me vieran aquí. De seguro terminaría por saberlo el señor Ledoux.

Blake Daniels, también recién despertado, ahogó un bostezo.

—Sospecho que el servicio de desayunos irá hoy con algo de retraso. En cuanto al señor Ledoux..., más bien estará preocupado por otros asuntos.

—¿Qué quieres decir?

Daniels se ladeó en el lecho.

Contempló a Sandra.

La larga cabellera rubia enmarcaba majestuosamente su rostro. Aquellos hilos de seda dorada cubrían los desnudos hombros; aunque permitiendo asomar los pujantes senos.

Sandra intentó cubrirse con la sábana, pero el agente del FBI fue más rápido. Abarcó con el brazo derecho la cintura de la muchacha atrayéndola contra sí. La besó en la boca a la vez que su "diestra entraba en contacto con aquellos duros y erectos pechos.

—No... Otra vez no, Blake...

—Sólo era un beso de buenos días, Sandra. ¿Echamos a suertes quién se baña primero?

La joven rió en cantarina carcajada.

—Lo haré yo. Será una ducha rápida, pero luego el peinarme y demás llevará su tiempo.

—¿Sabes una cosa? —inquirió Daniels, besando de nuevo los carnosos labios de la muchacha—. Eres la única mujer que está radiante de belleza recién despertada.

—Y tú eres un mentiroso. ¡Oh, cielos! Van a llegar los del desayuno. Al menos que no me sorprendan en la cama.

—Quiero decirte algo, Sandra. Ayer fue una noche de sorpresas.

—¿Lo dices por mi presencia aquí? Ya te comenté que cuando intenté localizarte en el salón de televisión no estabas. Ciertamente que había transcurrido el tiempo acordado, pero me aventuré a acudir a tu habitación. Llamé a la puerta y, al no responderme, hice girar el pomo. La puerta cedió. Tú no estabas y decidí esperar te. Aun a riesgo de que llegaras... acompañado.

—Esa fue una agradable sorpresa, Sandra. Yo te hablo de otra. No te la mencioné ayer por temor a que pasaras la noche sin pegar ojo.

—¿Qué ha ocurrido?

Daniels tomó la cajetilla de tabaco de la mesa de noche. Junto con el encendedor. Ofreció un cigarrillo a Sandra.

—¿Conoces a Leigh Williams?

—Sí, por supuesto. Un periodista inglés domiciliado en Berlín. Es uno de los invitados al simposium.

—Era.

—¿Se ha marchado? —interrogó Sandra, para acto seguido sonreír—. Mejor. Y no me sorprende. Ayer fue llamado al orden por el señor Ledoux. Le recriminó su actitud de insolencia hacia otros invitados. Fue una escena muy desagradable.

—¿Cuándo tuvo lugar esa conversación entre tu presidente y Williams?

—Ayer noche. Cuando subí a la habitación del señor Ledoux ya le encontré discutiendo con Leigh Williams. Le alteró de tal forma que el señor Ledoux no se encontró con ánimos para trabajar en el dossier que había ido a buscar. De ahí que terminara pronto y bajara en tu busca. Ya suponía yo que, después de lo ocurrido, Williams abandonaría el hotel. No podía seguir como invitado de la Unión Pacifista Internacional.

—Más que eso, Sandra —dijo Daniels, exhalando una bocanada de humo—. Leigh Williams ha emprendido un viaje mucho más largo. Camino del Más Allá. Le asesinaron ayer. A medianoche.

Sandra interrumpió el iniciado ademán de llevarse el cigarrillo a los labios.

Palideció.

—¿No..., no es una broma?

—En absoluto. Le machacaron la cabeza a conciencia.

—Dios mío... —la muchacha saltó precipitadamente del lecho—. El señor Ledoux estará descorazonado. Hoy a las doce es el primer acto oficial del Simposium. ¡Un asesinato en el simposium de la Unión Pacifista Internacional!

—Curioso, ¿verdad?

Sandra se había introducido veloz en el cuarto de baño.

Justo en el momento en que sonaban unos golpes a la puerta de la habitación.

—¿Quién? —interrogó Daniels.

—Soy yo, Blake... ¡El abuelo!

Daniels sonrió procediendo a ponerse el pijama abandonado

sobre la alfombra.

—¡Un momento!

Acudí a girar la llave franqueando la puerta.

Donald Bishop apareció también en pijama, aunque además protegido por una bata a cuadros. Con sonoras pisadas de sus pantuflas avanzó directamente hacia el mueble bar.

—Lo que temía, hijo. Jessica se apoderó de todas las botellas. ¿Te sirvo un trago?

—Aún es demasiado pronto, abuelo —sonrió Daniels, empujando la puerta—. ¿Ya se ha levantado Jessica?

—¡Seguro! Jessica lleva más de dos horas deambulando por el hotel. Fue a la sauna, hizo ejercicios físicos, a la peluquería... ¡Y tú todavía en pijama!

—Al igual que tú.

—Yo soy un anciano —se justificó, vaciando de un golpe el vaso de whisky—. Necesito mucho reposo.

—Y whisky,

—Es sólo para aclararme la voz. Por las mañanas sufro carraspera, ¿sabes? Bueno, hijo. Voy a vestirme

Donald Bishop abandonó la estancia chasqueando repetidamente la lengua.

Y a los pocos segundos golpearon nuevamente la puerta.

Blake Daniels, que no había cerrado con llave, autorizó la entrada. No era el servicio de desayunos, sino Jessica. Con un juvenil vestido que incrementaba aún más la perfección de su cuerpo. En su bello rostro se acusaba una tenue palidez.

—Perdona mi intromisión, Blake, pero ha ocurrido algo horrible y...

Jessica enmudeció bruscamente.

Sus ojos habían descubierto un fino sujetador de media copa colgado del respaldo de una de las sillas.

Y antes de que reaccionara se abrió la puerta del baño.

Apareció Sandra.

Envuelta en una toalla sujeta bajo las axilas. Quedaba muy poco para la imaginación. Los senos asomaban con generosidad. Al igual que los esbeltos muslos de suave bronceado.

Sandra también quedó con la palabra en la boca.

Las dos muchachas se miraron aturdiditas.

Jessica fue la primera en reaccionar saliendo veloz de la habitación.

El agente del FBI cerró instintivamente los ojos adivinando el violento portazo.

—Sospecho que he sido inoportuna —dijo Sandra, con gracioso mohín—, ¿Hay algo entre vosotros, Blake? Me pareció un poco celosa.

—Tú eres mi único amor, Sandra.

La joven movió de un lado a otro la cabeza mientras procedía a vestirse con rapidez.

—Me sorprende que tengas humor, Blake. Máxime después de contarme lo de ese asesinato, imagino el Foldy Hotel invadido por policías. 'Bonita publicidad para la Unión Pacifista Internacional!

—El inspector Mayhew ya habrá terminado sus investigaciones. Y lo ocurrido no debe alterar la marcha del Simposium. Todo lo contrario. Darle mayor fuerza. Un mayor llamamiento por la defensa de la paz. En todos sus niveles.

—Sí. Creo que tienes razón... Voy junto al señor Ledoux. De seguro me necesita. ¡Hasta luego, Blake!

Daniels, cuando la muchacha hubo abandonado la habitación, cerró con llave dejando ésta en la cerradura.

Después de una estimulante ducha fría, y cuando empezaba a afeitarse, sonaron los golpes a la puerta.

—¿Quién?

—¡El desayuno, señor!

Daniels se aproximó para que su voz fuera audible.

—Utilice el duplicado, por favor. Estoy en el baño y no puedo abrirle.

La puerta se abrió a los pocos minutos. Sin problema alguno, pese a estar colocada la llave y deslizado el cierre.

El empleado del hotel quedó unos instantes perplejo. No esperaba encontrar a Daniels junto a la puerta y ya vestido, sino en el baño.

—Déjelo aquí mismo —indicó Daniels, tendiendo un par de libras—. Yo me serviré.

—Gracias, señor.

El agente del FBI terminó de afeitarse.

Del abundante y selecto desayuno del carro se limitó a una taza de negro café para seguidamente abandonar la habitación.

Pasó a la número 502.

Donald Bishop estaba emborrachando una tostada en miel.

—¡Eh, Blake! OYa sabes lo ocurrido? Dice Jessica que ayer noche asesinaron a un hombre aquí en el hotel. Un periodista; ¿no, hija?

Jessica fumaba un cigarrillo acomodada en uno de los sillones que adornaban la estancia. Con las piernas cruzadas. Luciendo las

finas ineditas de nylon.

—No hay que preocupar al señor Daniels con sucesos macabros —dijo la joven, sarcástica—. El tiene otros... asuntos.

—Has conseguido ponerla celosa, muchacho. Ya es tuya.

—¡Abuelo!

Daniels sonrió.

—Jessica peca de juicio temerario.

—¿Juicio temerario? —Jessica se incorporó del sillón—. ¡Sandra salió desnuda de tu cuarto de baño!

—No, Jessica. Iba envuelta en una toalla. Y eso no tiene ninguna importancia. Quiso tomar una ducha y le ofrecí mi baño.

—Ya.

—Peor es tu caso. ¡Salir con un ruso!

Jessica enrojeció.

—No quise perder estúpidamente mi primera noche en Londres encerrada en la habitación. Mientras esperaba tu aparición decidí por bajar al bar. Allí entablé amistad con Aram Antonovich. Un caballero, ¿entiendes? Me llevó a los lugares más característicos del Londres nocturno.

—Los imagino.

—Tienes la mente demasiado sucia, Blake.

—¡Ya basta, maldita sea! —protestó Bishop, mojando la enésima tostada—. Me sentará mal el desayuno. ¿Por qué no te informas de si hay variación en el programa? Tal vez ese asesinato haya..

—Lo dudo —interrumpió Daniels—. Ciertamente se trataba de un invitado de la Unión Pacifista internacional, pero no de categoría. Un periodista de carácter avinagrado. Un tal Leigh Williams.

Bishop se atragantó.

Comenzó a toser ruidosamente.

—Tragas sin masticar, abuelo —reprendió Jessica.

El anciano sacudió la cabeza.

—No..., no es eso... ¿Qué nombre has dicho, Blake?

—Leigh Williams. ¿Le conocías?

En el ensortijado rostro de Donald Bishop se acentuaron las arrugas. Empequeñeció los ojos hasta casi convertirlos en rendijas diminutas.

—Conocí a un Leigh Williams, pero hace ya mucho tiempo. Y también lleva mucho tiempo muerto.

—Pareces impresionado, abuelo —Jessica se aproximó al anciano—. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí... Perfectamente. Ahora dejadme. Voy a vestirme para la inauguración del Simposium. Es a las doce, ¿verdad? Dejadme...

Daniels y Jessica intercambiaron una mirada.

Perplejos por el comportamiento de Bishop.

Abandonaron la habitación.

—¿Qué le puede haber afectado de esa forma?

—El tal Leigh Williams que él conoció no debe traerle buenos recuerdos —dijo Daniels—. ¿Bajas conmigo?

—Prefiero esperar a Donald.

Blake Daniels consultó su digital de pulsera.

—Yo iré a echar un vistazo a los periódicos. Estaré a tiempo de acompañaros para el primer acto oficial.

—Gracias, Blake. Eres muy considerado.

Jessica se introdujo en su habitación antes de que el G-men reaccionara.

Daniels acudió al panel de los elevadores.

Pulsó uno que ya estaba iniciando el descenso desde los pisos superiores. Al detenerse la cabina se abrió la puerta automáticamente.

Blake Daniels se encontró frente a frente con el inspector Mayhew de Scotland Yard.

* * *

Daniels chasqueó la lengua.

—Tiene mal aspecto, inspector. ¿No sería mejor whisky en lugar de esa taza de té?

Jason Mayhew sonrió.

—Prefiero el té. Y mi posible mal aspecto se debe a no haber pegado ojo en toda la noche. He recibido muchas presiones para solucionar este caso de inmediato. La Unión Pacifista Internacional está muy respaldada.

—¿Y cómo marcha el caso?

—No del todo bien. ¿Recuerda mi hipótesis sobre el fanático nazi?

—Por supuesto. Un defensor del nazismo que liquida a un invitado de la UPI.

—Pues olvídela. Leigh Williams era precisamente un defensor de la doctrina nazi. En sus escritos periodísticos ya lo dejaba entrever, pero como autor de novelas era marcadamente descarada su ideología. Sus novelas, bajo seudónimo, eran una basura bélica alabando a los nazis.

—¿Conoce ya los resultados de la autopsia?

—No el informe oficial del forense, pero sí datos importantes. Recibió veinticinco golpes en el rostro. Veinticinco. Ni uno más ni uno menos. Y no murió con el primer golpe, Daniels.

—Entonces... ¿por qué no ofreció resistencia?

—La autopsia ha descubierto restos de un poderoso narcótico. Una droga capaz de paralizar a un caballo. De ahí que al asesino le resultara fácil machacarle impunemente.

—Y tampoco le resultó difícil entrar en la habitación pese a estar cerrada con llave,

Mayhew fijó sus astutos ojos en el agente del FBI

Sonrió.

—¿Ya lo ha comprobado? Sí, se puede entrar con un duplicado. Poco importa que esté la llave puesta por el otro lado y pasado el cierre.

—Conseguir el duplicado de una llave de hotel es juego de niños.

—Cierto.

—¿Algún sospechoso, inspector?

Mayhew terminó la taza de té.

—En el corto tiempo de estancia en el hotel. Leigh Williams se ganó la enemistad de muchos. Y pueden ser sospechosos. Por cierto... ahí llega uno de ellos. Le dejo con él, Daniels. Tengo todavía mucho trabajo. Gracias por el té.

El inspector descendió del taburete caminando a grandes zancadas hacia la sala de recepción.

Blake Daniels parpadeó.

El sospechoso mencionado por el inspector, el hombre que acudía hacia el mostrador del bar, era Cliff Reinking. Llegaba acompañado de una bella muchacha.

—Buenos días, Blake. ¿También tú has sido interrogado por ese loco? ¡Maldita sea su estampa! De no ser por María estaría encabezando su lista de sospechosos.

—¿Sospechoso? ¿Del asesinato de Williams?

—Alguien contó al inspector lo ocurrido ayer. Cuando llevé a Leigh Williams hasta la cabina telefónica, ¿recuerdas? Y el inspector me sometió a interrogatorio. Afortunadamente tengo una magnífica coartada. Te la presentaré... María Slowacki. Este es mi compañero Blake Daniels.

—Hola, Blake.

Daniels sonrió a la muchacha.

—Hola. Cliff va me habló de ti. Eres una de las azafatas de

información de la Unión Pacifista Internacional, ¿no es cierto?

—Correcto.

—Estuve con María toda la noche —dijo Reinking—. Desde el momento en que el doctor Kramer se retiró a su habitación. Salimos a visitar unos clubs de Londres y luego..., luego... Bueno, María fue mi coartada perfecta.

—Debo irme. Cliff —sonrió María, algo turbada—. Tengo que comprobar si todo está en orden para la exposición que hoy se abre al público. Ya sabes... Fotografías de campos de concentración, documentos, condecoraciones y emblemas nazis, armas, uniformes... Debo examinar todo antes de la inauguración oficial de hoy.

—Almorzaremos juntos, ¿verdad?

—Sí, Cliff... Adiós. Blake.

La muchacha se alejó con jovial sonrisa.

Cliff Reinking no almorzaría con la joven.

María Slowacki tenía ya las horas contadas.

CAPITULO VIII

En la quinta planta del Foldy Hotel se había acondicionado uno de los salones para la exposición del I Simposium de Unión Pacifista Internacional.

Ciertamente predominaba el tema nazi.

Tanto en fotografía y documentación como en objetos.

Las fotografías se centraban casi exclusivamente en los campos de Auschwitz. De por sí ya aportaban suficiente material. Un material alucinante y sobrecogedor.

Auschwitz I Stammlager, Auschwitz II Birkenau y Auschwitz III Buna-Monowitz.

El genocidio programado de Auschwitz.

Aquellas terroríficas fotografías, algunas ampliadas en pósters, eran evitadas por la mirada de María Slowacki. No quería verlas. Le impresionaba todo aquel horror y barbarie.

Fue consultando la lista para comprobar que todo estaba en orden.

Las insignias, emblemas y condecoraciones nazis, algunas de ellas de alto valor, estaban protegidas en el interior de una vitrina. Al igual que una primera edición de *Mein Kampf* firmada por el autor.

Mein Kampf. El panfleto político escrito por Hitler

durante su encierro en la prisión de Landsverg. Poco antes de su gran salto al poder.

Las armas utilizadas por los nazis estaban también representadas en la exposición. Armas de fuego, armas blancas... y las de castigo. Diferentes tipo de *gummi*. Y también de *schlaque*, la famosa fusta. El látigo inseparable de los SS fabricado con el ligamento dorsal del caballo o del buey.

María se detuvo frente a la figura que representaba al oficial de las SS.

Un blockführer.

La muchacha quedó unos instantes inmóvil.

Con la mirada fija en el maniquí.

Aunque todo parecía estar en orden algo le llamaba la atención. La gorra, la guerrera, el pantalón embutido en botas de altas cañas, la *gummi* colgando de la muñeca derecha, el cinturón con la funda donde reposaba la pistola...

Sí.

Era aquello.

El cinturón con la funda Estaba colocado al revés. La funda de la pistola en el lado izquierdo del maniquí.

María dejó el tablero, cuaderno de notas y rotulador sobre una pequeña mesa situada junto a los cortinajes.

Acudió junto al maniquí manipulando en la hebilla del cinturón. Al ladearlo descubrió la funda del cuchillo.

Vacía.

El largo cuchillo, también característico de las SS, no estaba en la funda.

María se encaminó nuevamente hacia la mesa con intención de consultar el cuaderno de notas.

Se detuvo paralizada por la sorpresa.

La cortina se movía.

Un movimiento tenue, aunque no pasó desapercibido para la muchacha.

—¿Hay alguien ahí?

Al no recibir respuesta apartó el cortinaje descubriendo la antesala y la puerta de entrada al fondo. No había nadie. Tal vez alguna corriente de aire había hecho mover la cortina.

María procedió a consultar el cuaderno de apuntes.

Allí figuraba una relación de todo lo expuesto en la sala. Incluso un dibujo del maniquí con flechas indicadoras de cada uno de los elementos de uniforme. el anillo de la calavera, la cruz gamada, la pistola, el cuchillo...

Sí,

Figuraba el cuchillo.

El que ahora faltaba de la funda en el maniquí.

María, inclinada sobre la mesa, percibió aquel súbito y entrecortado jadear. Una agitada respiración que sonaba tras ella.

La muchacha giró con rapidez.

La atemorizada expresión de su rostro se suavizó llegando incluso a esbozar una sonrisa.

—¡Ah...! Me habías asustado. Precisamente estaba buscando ese cuchillo que tienes en la mano. ¿Por qué lo has...?

María no pudo terminar la frase.

El cuchillo, aquella larga y afilada hoja, había realizado un veloz semicírculo hacia el cuello de María.

La muchacha retrocedió instintivamente, aunque sin lograr esquivar por completo la afilada hoja. Quiso gritar, pero de su garganta sólo brotó un ronco estertor. Se llevó ambas manos al

cuello percibiendo de inmediato un viscoso líquido. Contempló sus manos teñidas en rojo. La visión de aquella sangre hizo flaquear las rodillas de María.

Cayó al suelo.

Y su atacante se abalanzó sobre ella. El cuchillo volvió a teñirse en rojo. Profundizando en la herida. Seccionando la yugular de María.

La joven desencajó las facciones.

Podía oír el manar de la sangre a borbotones.

Y también, en los umbrales de la muerte, percibió como unas manos le subían la falda hasta la cintura y desgarraban el slip.

María quiso gritar de nuevo.

Una bocanada de negruzca sangre ahogó todo sonido.

Sangre que se mezcló con la que brotaba abundante de la seccionada yugular.

María gimió agonizante, Sólo un tenue gemido que pasó desapercibido. Eclipsado por las obscenas palabras de su atacante que separaba salvajemente las piernas de la muchacha.

María quedó con los ojos desmesuradamente abiertos.

Fijos en el techo.

Su rostro deformado por una indescriptible mueca.

Había muerto, aunque su asesino no parecía haberse percatado de ello.

* * *

—¿Qué te ocurre, Blake?

Daniels mantenía la mirada fija en el interior del vacío vaso.

Pensativo.

—¿Sabes dónde está instalada esa exposición?

—¿Exposición? —parpadeó Cliff Reinking—. ¿De qué hablas?

—La exposición de la Unión Pacifista Internacional sobre los campos de concentración y demás. Esa que iba a revisar María.

—Ah... Lo ignoro. Supongo que en el hotel.

—Eso ya lo sé.

—¡Eh, Blake! ¿Adónde vas?

Daniels había saltado del taburete.

—¡Ya nos veremos, Cliff!

El agente del FBI pasó a la sala de recepción. Acudió al mostrador. Allí había varios folletos del programa oficial de actos a celebrar en el Symposium.

Examinó uno de ellos.

La exposición había sido instalada en el salón social de la quinta planta. Sería inaugurada después del primer acto oficial del Symposium.

Blake Daniels se encaminó hacia uno de los elevadores.

Tenía una corazonada.

María Slowacki había mencionado uniformes en la exposición. Uniformes nazis. Puede que uno de esos uniformes lo utilizara el asesino de Leigh Williams.

Abandonó la cabina al llegar a la quinta planta.

Las flechas luminosas indicadoras del «salón social» le señalaron el camino a seguir. Bordeó el largo corredor deteniéndose frente a una puerta.

Hizo girar el pomo, pero la hoja de madera no cedió.

Lo intentó de nuevo.

—Está cerrado, señor —dijo una camarera empujando el carro de recogida de ropa—. Ese salón ha sido acondicionado para una exposición

—Sí, lo sé. Soy uno de los organizadores —mintió Daniels—. Resulta que he olvidado un portafolios ahí dentro y lo necesito con urgencia, ¿Tiene usted la llave?

La mujer denegó con un movimiento de cabeza.

—Es la gobernanta del piso quien tiene los duplicados de todas las...

—Consiga abrirme la puerta —interrumpió Daniels, sacando un fajo de billetes. Apartó cinco libras—, ¡Lo más rápido posible!

—¡En seguida, señor!

La mujer, tras hacerse cargo de las cinco libras, desapareció veloz. Retornó a los pocos minutos. Con una sonrisa de oreja a oreja. Portando un juego de llaves.

—Según la gobernanta debería estar abierta. Una azafata de la exposición solicitó también que le fuera abierta para examinar las piezas. Acordó avisar cuando terminara, pero sin duda lo comunicó en recepción y ellos volvieron a cerrar.

La mujer abrió la puerta.

Se hizo a un lado para permitir el paso a Daniels.

—Le esperaré para cerrar de nuevo. Es la orden que me ha dado la gobernanta, ¿sabe?

El agente del FBI no se dignó responder.

Ni tan siquiera escuchó la voz de la mujer.

Los sillones, butacas y mesas del salón habían sido agrupados y arrinconados para proporcionar mayor espacio a la exposición. Al fondo se divisaban los largos cortinajes que daban acceso a la

acondicionada sala.

Blake Daniels apartó la cortina.

Y lo primero que le llamó la atención fue el batir de las contras del ventanal situado al final de la estancia.

El G-men no reaccionó al instante.

Había quedado paralizado.

Contemplando el cadáver de María Slowacki.

Casi a sus pies.

María Slowacki. La joven pletórica de belleza. Ahora con la cabeza ladeada. Con un brutal tajo que seccionaba su yugular. Los ojos desorbitados y el rostro desencajado por la mueca del terror. Las piernas salvajemente abiertas hasta casi formar un ángulo recto. La falda a la altura de la cintura. El slip desgarrado. Sangre en los muslos...

Fue una fracción de segundo.

Blake Daniels reaccionó con un destello de ira en los ojos.

Corrió hacia el ventanal.

Comunicaba con la escalera de incendios. Junto a uno de los peldaños estaba el ensangrentado cuchillo. Sin duda el arma utilizada para seccionar la yugular de María Slowacki.

Daniels escuchó el resonar en los metálicos escalones.

Comenzó a trepar por la escalera de incendios con rapidez.

La claridad del día rivalizaba con una densa niebla. Un día frío y húmedo. De ahí que la niebla saliera triunfante. El clásico «puré de guisantes» londinense que parecía envolver en humo la exterior escalera de incendios.

El agente del FBI alcanzó la novena planta.

Escuchaba más próximas las pisadas.

Al alzar la mirada pudo divisar la borrosa sombra en la plataforma superior. Una fantasmagórica sombra que se deslizaba veloz. Envuelta en la niebla.

Ya estaba en el último tramo de la escalera.

Blake Daniels dejó de escuchar las pisadas.

Se detuvo jadeante bajo el umbral de la puerta que conducía a las terrazas del Foldy Hotel.

Entornó los ojos.

Pugnando por escudriñar a través de aquella densa niebla.

Las columnas exteriores de la terraza, los postes, las chimeneas... todo aparecía borroso ante los ojos de Daniels. Como fantasmales sombras.

Ni rastro del asesino.

Sólo eso.

Sombras envueltas por la niebla.

CAPITULO IX

Se celebró con toda brillantez el acto inaugural del I Symposium de la Unión Pacifista Internacional. En el salón de actos del Foldy Hotel. Tuvo lugar la presentación de participantes e invitados. También se habló de las conferencias coloquio a desarrollar. Proyección de films y demás temas base del simposium.

Estaba programada la inauguración al público de la exposición denominada «Ayer y hoy de los campos de concentración». En la quinta planta del Foldy Hotel. La inauguración tendría lugar después del primer acto oficial del Symposium; pero el presidente Ledoux, con nerviosa sonrisa, anunció que la exposición había sido aplazada.

Sin explicar más detalles.

Muy pocos de los allí reunidos en el salón de actos estaba al corriente de lo ocurrido, aunque pronto sería del dominio público. Los medios de comunicación ya se encargarían de divulgarlo. Segundo asesinato en el Foldy Hotel. Segunda víctima en el Symposium de la Unión Pacifista Internacional.

Sí.

El haber demorado unas horas la noticia, sólo para salvar el acto inaugural del simposium, de poco serviría. El asesinato de María Slowacki, azafata de información del simposium, echaría por tierra todos los posteriores actos a realizar.

Ya había culminado el solemne almuerzo en uno de los comedores de la planta baja del Foldy Hotel. Los periodistas cercaban a los personajes más relevantes del simposium. Peter Kramer y Vladimir Borodin no se negaron a ser fotografiados juntos. Confesaron no ser enemigos, pese a la eterna guerra fría existente entre sus respectivos países. Ellos eran científicos amantes de la paz. Aquello, en labios de dos expertos en armamento nuclear, hizo sonreír a más de uno.

Los periodistas tenían allí mucho terreno informativo, pero todos hubieran abandonado las entrevistas de conocer el segundo asesinato cometido en el Foldy Hotel.

Donald Bishop fue uno de los primeros en abandonar el comedor.

Todo aquel bullicio le aturdía

En el salón social próximo a recepción le esperaba Jessica.

Sentada cerca de la cristalera. Contemplando el Lange Garden envuelto en brumas.

—Hola, hija...

Donald Bishop se dejó caer en uno de los confortables sillones.

—¿Cansado? —sonrió Jessica.

—No. Más bien aburrido. Hoy han desfilado por la tribuna todos los participantes. Algunos se limitaron a presentarse y exponer brevemente sus ideas hacia el logro de un mundo en paz. Otros, afortunadamente los menos, nos soltaron una arenga política.

—Tu discurso habrá sido de los mejores, abuelo. Sólo dos folios, pero emotivo y sincero.

Bishop comenzó a reír cascadamente.

—¿Sabes una cosa. Jessica? Olvidé los folios en la habitación.

—Pero... ¡yo misma los puse en el bolsillo de tu chaqueta!

—Sí, ya lo sé..., pero luego fui al baño. Quise echar un último vistazo al discurso y se quedaron encima del lavabo.

—¡Oh, abuelo!

—Tranquila, hija. Mi discurso fue uno de los más aplaudidos —dijo Bishop, orgulloso—. Creo que por lo breve. Me limité a decir... «Soy el profesor Bishop. He escrito y hablado mucho en defensa de la paz. Al igual que todos ustedes. A partir de ahora propongo menos palabras y más hechos».

Jessica parpadeó.

—¿Eso... has dicho?

—Seguro.

—En verdad, eres maravilloso, abuelo —rió Jessica—. No me sorprende que hayas sido el más aplaudido. Me hubiera gustado estar presente, pero el cupo de invitados era muy limitado.

—Pues Blake Daniels, mi guardaespaldas, no apareció. Quedó vacante su asiento en el salón de actos y en el almuerzo.

Jessica enrojeció.

Furiosa.

—Imaginó que estaría con Sandra Gorman.

—Pues no, hija. Piensas mal. Sandra estuvo todo el tiempo con el presidente Ledoux. Ayudando a uno y otro de los participantes. Es una muchacha muy activa y de gran... —Bishop entornó los ojos. Fijos en la cristalera del salón. Tras breve pausa, añadió—: Ese que baja del auto... ¿no es Blake?

Jessica desvió también la mirada hacia el cristal.

Hizo un mohín.

—Sí..., él es.

—Esos dos que le acompañan tienen aspecto de policías.

Blake Daniels penetró en el salón social a los pocos minutos.

Aproximándose a la mesa ocupada por Jessica y el anciano.

—Hola... ¿ya habéis almorzado?

Jessica casi le fulminó con la mirada.

—¿Tú qué crees? ¿Acaso teníamos que esperarte? No acudiste a buscar a Donald, no ocupaste tu sitio en la inauguración del Symposium, no acompañaste a Donald durante el almuerzo... ¡Y se supone que estás aquí para acompañar al profesor Bishop!

Daniels se acomodó en uno de los sillones.

—¿Tienes alguna queja de mí, abuelo?

—¿Quién, yo? No. Blake, Ninguna.

El agente del FBI desvió sus ojos hacia la muchacha.

—¿Has oído eso, Jessica? El profesor Bishop nada me reprocha. Y tú eres la menos indicada para hacerlo. ¡Aún no he terminado!

—Jessica había hecho ademán de levantarse, pero la dura voz del G-men la inmovilizó—. No me he dedicado toda la mañana a pasear por Londres. ¡No ha sido una mañana agradable, maldita sea!

—¿Qué sucede, muchacho? —se interesó el anciano—, ¿Complicaciones con el asesinato de ayer?

—Eso ya pertenece a la historia. Tenemos otro asesinato. Vamos a crimen por día. Hoy ha sido una muchacha. Asesinada en la sala de exposición de la Unión Pacifista Internacional. De ahí que se suspendiera la inauguración. Pronto el suceso será del dominio público.

—Una muchacha... Es horrible.

Daniels encendió un cigarrillo.

—Sí, Jessica. Horrible. Yo fui quien descubrió el cadáver. Y de no haber hecho tanto ruido para entrar en la sala de exposición posiblemente hubiera sorprendido al asesino. Salí tras él, pero la maldita niebla se lo tragó.

—¿Qué hacías tú en la sala de exposición?

—Una corazonada, Donald. Un presentimiento que resultó cierto. El asesino de Leigh Williams se disfrazó de oficial de las SS. Utilizó un uniforme que figuraba en la exposición. Ha sido comprobado por Scotland Yard. Examinaron las botas y dieron con el arma homicida. Una cachiporra nazi.

—La gummi...

Blake Daniels fijó sus ojos en el anciano.

—Sí, Donald. Así la denominó el inspector de Mayhew. He hecho buenas amistades en Scotland Yard. Me han agradecido que les proporcionara tan valiosa pista. En el uniforme encontraron

posibles pruebas; aunque parece ser que el asesino utilizó guantes y no...

—¿Quién era la chica? —interrumpió Jessica, visiblemente impresionada—. ¿También invitada al Symposium?

—Una azafata contratada por Unión Pacifista Internacional de Londres. Una muchacha joven y llena de vida. Fue brutalmente violada, desgarrada más bien, con un sadismo espeluznante. Como si hubiera sido atacada por un grupo de salvajes. Le seccionaron la yugular. María Slowacki era su nombre.

Donald Bishop sufrió como una sacudida.

Sus manos, ya de por sí nerviosas, iniciaron un visible temblor.

—Abuelo...

—Tranquila, Jessica. Me encuentro bien. ¿Por qué no salimos a pasear un poco? Hace una tarde magnífica.

Jessica dirigió una mirada al ventanal.

La niebla casi se podía palpar.

El Lange Garden, a pocas yardas del hotel, era una borrosa nube.

—¿En verdad te apetece salir, abuelo?

—Sí, Jessica.

—Bien... Te iré a buscar una prenda de abrigo.

—Gracias, hija. Baja también mis pastillas. Creo que están encima de la mesa de noche.

La muchacha abandonó el salón social.

Donald Bishop fijó sus diminutos ojos en el agente del FBI.

—Consígueme un whisky, Blake. Lo necesito.

El propio Daniels se encargó de acudir al mostrador del bar y solicitar un par de whisky dobles. También él necesitaba un buen trago.

—¿Qué ocurre, abuelo? Deliberadamente has hecho salir a Jessica, ¿no es cierto?

El anciano asintió con tenue sonrisa.

—En efecto... Y tardará en encontrar las pastillas. Las tengo yo en el bolsillo del chaleco. Quiero hablarte, hijo. Hay algo extraño en todo esto..., en esos dos asesinatos... Leigh Williams, María Slowacki... También conocía a una María Slowacki hace tiempo. Una polaca.

—La muchacha que asesinaron hoy era hija de un polaco.

—Dios mío... Es como revivir el pasado. Un horrible y cruel pasado.

—Explícate, abuelo.

Donald Bishop tomó con trémulas manos el vaso de whisky.

Su mente retrocedió en el tiempo.

Rememorando su penosa estancia en el campo de concentración de Fossternes.

* * *

—Era un campo de prisioneros. En su mayoría ingleses y americanos. Todo marchaba bien. Todo lo bien que se puede pasar en un campo de prisioneros; pero cierto día el mando del campo fue asignado a las SS. Y entonces todo cambió. Dejaron de respetarse los tratados de La Haya y de Ginebra, aunque eso no fue lo peor. Poco importaba que prisioneros de guerra fueran sometidos a trabajos forzados. Aquello no era nada. Nos llegaban noticias de los prisioneros italianos y rusos. Estos sí lo pasaban mal sirviendo de cobayas en Auschwitz. De los cinco millones de prisioneros rusos durante la Segunda Guerra Mundial sólo sobrevivieron dos millones..., pero me estoy saliendo del tema.

Bishop hizo una pausa.

Se atizó un trago de whisky.

—Dios.... aquello era horrible. Nos trataban peor que a las bestias En barracones con literas a ambos lados formando nichos de tres pisos. Como colchón un saco de paja. El número de prisioneros aumentaba día a día. Semejante promiscuidad originaba infinidad de enfermedades. Tuberculosis, tiña, disentería y la terrible diarrea. Tres de nosotros organizamos un comando de rebeldía. ES teniente inglés Brian Harrison, el sargento americano Leigh Williams y yo. Conscientes de que las tropas del general Patton, Eisenhower y demás estaban aniquilando los últimos reductos alemanes; teníamos que organizamos para sobrevivir.

—Oye, abuelo...

—Déjame seguir. Blake. No te estoy contando una batallita. Ese comando, dirigido por el denominado Trío Fantasma, originó un plan de acción en todos los barracones de Fossternes. Hostigando a los guardianes nazis. En pequeños y casi insignificantes detalles que, sin embargo, minaban la moral de los guardianes. Las represalias no se hicieron esperar. Y algunos no soportaron los castigos. Nadie conocía la identidad del Trío Fantasma. Nadie... a excepción de sus tres componentes. Y uno de ellos nos traicionó. El teniente Brian Harrison. Delató a los principales cabecillas, incluidos mi nombre y el del sargento Williams. Sufrimos horribles castigos que prefiero no mencionar. Muchos perecieron. La oportuna llegada de las tropas americanas salvó a los restantes.

—¿Cómo le fue a Brian Harrison?

—Los de las SS le premiaron. Desde el mismo día en que nos delató fue recompensado con una visita al *sondurbau*. Era el llamado burdel del campo donde unas infortunadas muchachas polacas, rebotadas de diferentes campos de concentración, eran sometidas a los bajos instintos de los guardianes SS. Los traidores, soplones, y kapos eran premiados con una visita al *sondurbau*. Mientras que Leigh Williams y yo sufríamos una tortura especial, el traidor Harrison disfrutaba con una de las más jóvenes del denominado burdel. Una muchacha llamada María Slowacki.

—¿Estás seguro, abuelo? ¿Era ése su nombre?

—¡Maldita sea, Blake! —gritó Bishop, casi con lágrimas en los ojos—. Hay cosas que jamás pueden olvidarse. Yo enterré a María Slowacki. Me llamó un oficial de las SS. Brian Harrison estaba con ella. Con María Slowacki. Harrison era como un perro embrutecido. Estaba abrazado a María. Con el rostro desencajado por la lujuria. Sin percatarse de que María..., de que María ya estaba muerta... De que había muerto con los ojos abiertos. Alucinados de toda aquella maldad. Y el oficial de las SS reía y reía... divertido por la situación... Yo enterré a María Slowacki. Una muchacha de diecisiete años. Y yo enterré el cuerpo de una anciana... ¡Dios! ¡Dios!

—Todo eso pertenece ya al pasado, abuelo.

Bishop asintió.

De un solo golpe vació el vaso.

—Sí..., es el pasado, pero sigue presente en mi mente. Jamás he olvidado mi permanencia en Fossterne. Tampoco Leigh Williams. Murió en un sanatorio de Texas. Y el sargento Irvin Brackett... El bueno de Irvin. Estaba a las órdenes del teniente Harrison. Irvin Brackett demostró un valor infinito. Era el más valiente de los soldados ingleses. Atacó a su superior el teniente Harrison. Con intención de matarlo. Quería hacerle pagar su traición. Los SS se ensañaron con el joven Irvin Brackett. Lo dejaron convertido en un pelele. Un despojo humano... No sé qué habrá sido de él. Yo regresé a los Estados Unidos. Irvin tampoco habrá olvidado. Algunas cosas no se olvidan jamás.

—¿Y Brian Harrison? ¿Qué fue de Brian Harrison?

—Murió. Un par de años después de finalizada la guerra. En Manchester. Se suicidó. No tuvo el valor de afrontar las consecuencias de su traición. No se le condenó. El consejo de guerra se limitó a expulsarle de ejército. No se le condenó por consideración a su esposa e hijo. La guerra ya había terminado.

Una mujer y un niño de diez años no tenían culpa ninguna.

—Una historia triste.

—Todas las historias de guerra son tristes, mucha cho. Todas.

Blake Daniels quedó unos instantes pensativo.

Se incorporó.

—Espera aquí, abuelo. Voy a telefonear a Scotland Yard. Quiero que el inspector Mayhew envíe dos hombres para tu protección.

Bishop bizqueó.

—¿Mi protección?

—Sí, Donald. Dos hombres que no se separen de ti ni un solo instante. Tú estás en la lista del asesino.

CAPITULO X

Irvin Brackett sentía un fuerte dolor de cabeza.

Y náuseas.

Se encontraba muy mal.

De ahí que decidiera retirarse a dormir apenas concluida la cena. Ya en la cabina del elevador estuvo próximo a vomitar. Debía ser cosa del clima. Aquella fuerte jaqueca, las náuseas... Sí, el clima de Inglaterra. Muy diferente al italiano.

Irvin Brackett todavía se preguntaba qué infiernos estaba haciendo allí. ¿Por qué diablos había aceptado la invitación? En principio creyó que se trataba de una broma. ¿Por qué la Unión Pacifista internacional iba a invitarle a él? ¿Qué méritos tenía?

Ninguno.

Irvin Brackett era un individuo de pocas virtudes.

Nacido hacía cuarenta y dos años en Edimburgo.

Mal estudiante y drogadicto consumado,

Se inició en la fotografía llegando a ser un mediocre camaraman. Se instaló en Italia ayudando en la dirección de varias películas. Por su cuenta realizó un cortometraje que, por pura casualidad, resultó premiado en un certamen. Un cortometraje sobre los ghettos en las grandes ciudades.

Y por aquel corto, ya casi olvidado por Brackett,

había sido invitado al I Symposium de la Unión Pacifista Internacional.

Irvin Brackett era ahora un oscuro director de cine sin trabajo.

Ya no realizaba films de denuncia social.

Ahora su especialidad, clandestina por supuesto, eran los cortometrajes de porno *hard-core*.

No.

Las cintas pornográficas, por mucha calidad en los encuadres, no podían ser apreciadas por la Unión Pacifista Internacional. Todo aquello era un error. Le habían confundido con otro, pero Brackett no desaprovechó la ocasión. Una semana en Londres a gastos pagados. Con la posibilidad de conocer a gente importante. No lo dudó, aunque ahora empezaba a lamentarlo.

El clima, aquella maldita niebla, le sentaba mal.

Irvin Brackett se introdujo en su habitación.

La número 407

Fue a los ocho minutos.

Una sombra se deslizó sigilosa por el largo corredor de la cuarta planta del Foldy Hotel. Las manos protegidas por negros guantes de piel En bandolera llevaba una bolsa de cuero.

Se detuvo frente a la puerta señalizada con el número 407.

Introdujo una llave en la cerradura mientras que su zurda se posaba sobre el pomo. Entreabrió la puerta pasando veloz al interior y cerrando tras de sí.

La estancia estaba en penumbras.

El ventanal de la habitación sí comunicaba con el exterior, pero el cortinaje eclipsaba el fogonazo de los luminosos de neón.

Sonó la voz.

Una voz dura y fría.

Con marcado acento alemán.

—Jedem das seine... Jedem das seine...!

Se encendió súbitamente la luz.

Accionada desde el interruptor del lecho.

—Por favor, Sandra —sonrió Blake Daniels—. ¿Quieres traducirlo? Mi alemán es muy torpe.

Sandra lucía un ceñido conjunto negro,

Un vestido pantalón materialmente pegado a la piel.

Un conjunto apropiado para un «rata de hotel».

El brusco encendido de la luz y la voz de Daniels la sobresaltó.

El cassette cayó de las manos femeninas con estruendo.

Los ojos de la muchacha, aquellos ojos azules, contemplaron perplejos a Blake Daniels que sonreía respaldado sobre el cabezal del lecho.

—¡Oh, no! ¡Qué pena de cassette! Fue el mismo que tomaste de tu apartamento la noche en que mataste a Williams, ¿verdad? Ahora se ha estropeado y ya no podemos seguir escuchando. Una cinta con frases alemanas. Frases y palabras del vocabulario nazi, ¿no es cierto, Sandra? *Jedem das seine...* Sí, eso no necesitas traducirlo. Recuerdo haber visto una película. Abril de 1945. Adolf Hitler ordena evacuar el campo de concentración de Buchenwald debido a la proximidad de las tropas americanas. El 11 de abril llega el general Eisenhower a la puerta de Buchenwald. Y sobre ella, con hierro forjado, la frase de bienvenida para los deportados, *Jedem das seine*. «A cada uno lo suyo». Esa es la traducción correcta, ¿verdad, Sandra?

La muchacha pareció por fin reaccionar.

—¿Qué..., qué haces aquí?

—Esperarte. Sí, Sandra. Te estaba esperando. Al igual que tú

esperabas encontrar aquí a Irvin Brackett. Le he llevado a la bañera. Dócil como un cordero. Casi sin poder moverse. Los efectos del narcótico son de- moledores, Sandra. Debes tener cuidado con la dosis.

Busqué en la lista de invitados. No me sorprendió ver a un Irvin Brackett y decidí esperar la llegada del asesino.

Sandra abrió la bolsa de cuero.

De su interior extrajo veloz una Luger encañonando a Daniels.

—Maldito seas, Blake..., maldito seas...

El agente del FBI ni tan siquiera parpadeó al verse encañonado.

—Ya has cometido muchos errores, Sandra. No añadas uno más. Tú no quieres mi muerte, ¿verdad?

—Te mataré, Blake. No has debido cruzarte en mi camino. Te mataré y luego acabaré con Irvin Brackett.

—¿Nadie más?

—Donald Bishop... El será el último. Tenía proyectado ejecutarlo hoy, pero dos policías...

—¿Ejecutar? —interrumpió Daniels—. Son asesinatos, Sandra.

El rostro de la muchacha se transfiguró.

Con un demente destello en sus pupilas.

—No... Tú no puedes comprenderlo...

—Ciertamente, Sandra. No lo comprendo, aunque sí he sospechado de ti. Has cometido muchos errores. Uno de ellos cambiar el nombre del reverendo Hooper por el de Donald Bishop. Tú, como secretaria de la Unión Pacifista Internacional en Londres, lugar del Simposium, colaborabas eficazmente con el presidente Ledoux. La junta recomendó dos nombres; Peter Kramer y Richard Hooper. Pero tú querías que Donald Bishop llegara aquí. No te sorprendió verlo en el aeropuerto. Ya le esperabas. La sorpresa fue para el presidente Ledoux.

—Donald Bishop era uno de los sentenciados... El principal.

—¿El principal? El único superviviente, Sandra. Los demás no guardan relación con el campo de concentración de Fossternes. El Leigh Williams periodista, la azafata María Slowacki, el director cinematográfico Irvin Brackett... éstos no son los de Fossternes

—Lo sé. Leigh Williams murió en Texas, María Slowacki en el campo de concentración, Irvin Brackett en Inglaterra...

—No te comprendo, Sandra...

La joven comenzó a reír.

Aferró con ambas manos la Luger.

—Has hablado de Fossternes... Eso quiere decir que lo sabes todo. Comprenderás al conocer mi nombre. Mi nombre de soltera.

Sandra Harrison. ¿Entiendes ahora?

—Sí... Empiezo a comprender...

—Lo dudo. No puedes comprenderlo, Blake. Me casé hace un par de años. Sólo por escapar del apellido de los Harrison. No dio resultado. Ellos me perseguían.

—¿Ellos?

—María, Donald, Leigh, Irving... Sus nombres continuaban atormentándome. Me divorcié de mi marido, James Gorman, pero mantuve su apellido. Formaba parte de mi plan no dar pistas a la policía. Tenía que aniquilar a las sombras que me atormentaban. Las mismas sombras que llevaron a mi padre al manicomio de Pottsville. Y allí sigue. También yo he estado en tratamiento psiquiátrico, pero no estoy loca. Jamás lo he estado. Sólo he sido una perseguida. Sin culpa alguna. Al igual que mi padre. ¿Cuál fue la culpa de Ralph Harrison, mi padre?

—La imagino.

Sandra rió en desaforada carcajada.

Sus ojos mantenían aquel siniestro brillo demoníaco.

—¿De veras? Mi abuelo Brian Harrison se suicidó. Su hijo Ralph contaba tan sólo diez años de edad. Era el hijo de un traidor. Y quedó marcado de por vida. Alguien se encargó de ello. ¡Los Brackett! Sus escritos a la prensa sensacionalista, sus reportajes, su persecución implacable... No dejaron en paz a Ralph Harrison. ¡No había tregua para el hijo del traidor! Poco importaba que Brian Harrison se hubiera suicidado. ¡Su hijo Ralph continuaba pagando! Los Brackett eran poderosos. Miles de libras en perseguir a las descendientes del traidor. Irvin Brackett, un despojo humano, dejó de sufrir en 1970; pero su muerte no calmó a los Brackett. Todo lo contrario. Su odio aumentó. ¡Continuaron hostigando a mi padre! ¡A mí...! Descubrieron todos nuestros intentos por pasar desapercibidos, todos nuestros cambios de domicilio, de nombre... Obligaron a que mi madre nos abandonara. Se divorció con un gran escándalo. Atestiguando que no quería estar casada con el hijo de un traidor. Estaba pagada por los Brackett. Y mi padre terminó en el manicomio. Allí sigue. Su locura ha sobrevivido al odio de los Brackett. Nadie queda ya de la familia Brackett. Todos han muerto.

—Entonces..., nadie te persigue a ti. Sandra. Nadie persigue a la nieta de Brian Harrison.

—Ellos..., me siguen ellos, Blake. María, Leigh, Irving, Donald... No los conozco. Sólo son sombras para mí. Sombras acusadoras. Conozco la historia... El horror de Fossternes... Brian Harrison fornicando con un cadáver en el *sondurbaú*, las alucinantes torturas

a sus compañeros..., la traición jamás olvidada... Conozco todos los detalles. Por las publicaciones pagadas por los Brackett, por la persecución a que fuimos sometidos mi padre y yo... Sin un día de paz. Poco importa que los Brackett hayan fallecido. Ellos siguen en torno a mí. Esas sombras de rostro desconocido. De ahí que decidiera por eliminarles. Busqué..., busqué... Para facilitar mi labor ingresé en la Unión Pacifista Internacional. Fui escalando puestos hasta convertirme en secretaria de la delegación en Londres. El Simposium significaba la gran ocasión. María Slowacki, Leigh Williams, Irving Brackett y Donald Bishop. Las principales sombras que atormentaban mi espíritu sin tregua.

—Sólo el profesor Bishop..

—¡Tenía que darles un rostro! —grito Sandra—, ¡Un rostro a mis sombras! Tenía que buscar un Leigh Williams, un Irvin Brackett, una María Slowacki... Muertos ellos volvería la paz a mi mente. También mi padre dejaría de sufrir en ese infernal manicomio.

—Te resultaría muy fácil localizarles, Sandra. Una infeliz muchacha deseosa de trabajo, un periodista mediocre, un director de cine fracasado... Todos aceptarían la invitación de la UPI como un gran honor.

—Irvin Brackett tiene que morir, Blake... Debo hacer desaparecer también esa sombra... ¿Lo comprendes?

Daniels asintió.

Con amarga sonrisa.

—Sí, Sandra..., lo comprendo... Comprendo como el horror y la brutalidad, la maldad humana, es superior al amor. Poco importa el tiempo transcurrido. La maldad sigue latente. No hay perdón. Sólo odio. Y tú eres una de esas víctimas del odio. Y te han convertido en verdugo.

—Debo matarte, Blake... Te interpones en mi camino...

—No lo hagas, Sandra. No más muertes. No sigas con esa pesadilla. El periodista Williams no era culpable. No comprendió el porqué de aquellas frases en alemán mientras le golpeabas... También utilizaste el cassette con él, ¿verdad? Tampoco María Slowacki comprendió la causa de su horrible muerte.

—María... María Slowacki..., la del burdel..., cientos de ellos... Los de las SS, los kapos, los traidores..., todos...

—No sigas, Sandra. La policía te habrá descubierto ya. Está investigando. Ya se sabe que María no fue violada por un hombre, sino que la desgarraron con un objeto... El profesor Bishop también les habrá contado la historia. Consultarán la lista de invitados y

encontrarán a un tal Irvin Brackett... Conocerán quien cursó las invitaciones a Williams y Brackett, quien contrató a María, quien tenía acceso a las habitaciones mediante un duplicado fácil de conseguir por ser tú la que señalabas la distribución... ¿Por qué narcotizar a Williams? Una mujer. Una mujer para poder actuar... Ya basta de muertes, Sandra.

—Tengo..., tengo que borrar la sombra...

—Yo te ayudaré, Sandra. Necesitas ayuda. Sólo quiero que...

Se escucharon unos precipitados pasos por el corredor.

Sandra giró instintivamente la cabeza.

Y Blake Daniels aprovechó para saltar sobre ella, pero no consiguió su objetivo. Un fogonazo cegó sus ojos a la vez que el estruendo de un disparo repercutía en sus oídos.

Cayó al suelo.

Sonaron unos violentos golpes a la puerta.

Daniels se incorporó torpemente. Un hilillo de sangre resbalaba por su sien izquierda. La bala le había rozado chamuscándole los cabellos.

La puerta se abrió apareciendo el inspector Mayhew acompañado de dos agentes uniformados.

Se precipitaron hacia el abierto ventanal de la habitación.

También Blake Daniels.

Una fría y densa niebla les azotó en el rostro,

—¡Allí! —exclamó uno de los agentes—, ¡Está trepando por...!

Se escuchó el grito.

Un desgarrador alarido femenino.

Y la sombra que intentaba escalar la fachada se precipitó vertiginosamente al vacío. Fue imposible seguir su trayectoria hasta el asfalto. Era una sombra engullida por la niebla.

Una sombra más.

Sólo se escuchó el siniestro golpear del cuerpo contra el asfalto de Fosse Street.

EPILOGO

Los Kensington Gardens es uno de los lugares más bellos de Londres.

Unos maravillosos jardines con aromáticas flores, aunque incapaces de eclipsar el perfume que emanaba de Jessica.

Al menos así opinaba Daniels.

Besó una vez más los Sabios de Jessica. Prodigando audaces caricias. Puede incluso que demasiado osadas.

—Blake, por favor... —susurró Jessica, procediendo a abotonarse la blusa—. Puede venir alguien...

Daniels reclinó nuevamente a la muchacha sobre el respaldo del banco.

Buscó los carnosos labios femeninos.

—Tranquila... Tengo amistades en Scotland Yard.

Jessica le rechazó.

—Lo dudo. El inspector Mayhew no te ha perdonado que le ocultaras tu conversación con Donald.

—También habló con él.

—Sí, pero cuando tú ya te habías cobrado buena ventaja. No le agradó esa intervención tuya.

—Olvidémoslo.

Jessica asintió.

Con dulce sonrisa.

—Sí, Blake... Olvidemos esa horrible historia. Horrible y triste... al menos ha servido para que el I Simposium de la UPI redoblara sus esfuerzos por la paz y los derechos humanos. La crueldad y barbarie puede ser recordada durante años, perdurar a través del tiempo... Es preciso reemplazarla por la paz y el amor entre los hombres.

—Como dice el abuelo..., menos palabras y más hechos.

—Hay que ser optimistas, Blake. Hoy es el final del simposium. Cierto que sólo se han pronunciado discursos, pero esperemos recoger frutos. Yo al menos así lo deseo. De todo corazón.

—Mañana regresamos a Washington...

—Sí, Blake. ¿Tienes algo que decirme?

—Bueno, yo... Me gustaría seguir manteniendo contacto con vosotros. El abuelo me es muy simpático, ¿sabes?

—¿Sólo por eso?

Daniels sonrió.

Reflejándose en los ojos de la muchacha.

—Y estás tú, Jessica.

—Anímate, Blake. Por primera vez luce el sol en Londres. No hay niebla. ¿Por qué no me pides en matrimonio?

Daniels amplió la sonrisa.

—No sería mala idea... Me ayudaría a soportar la soledad de Alaska.

—¿Alaska? —parpadeó Jessica—. ¿Qué quieres decir?

El agente del FBI no contestó.

Sus labios estaban nuevamente sobre los de Jessica.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.